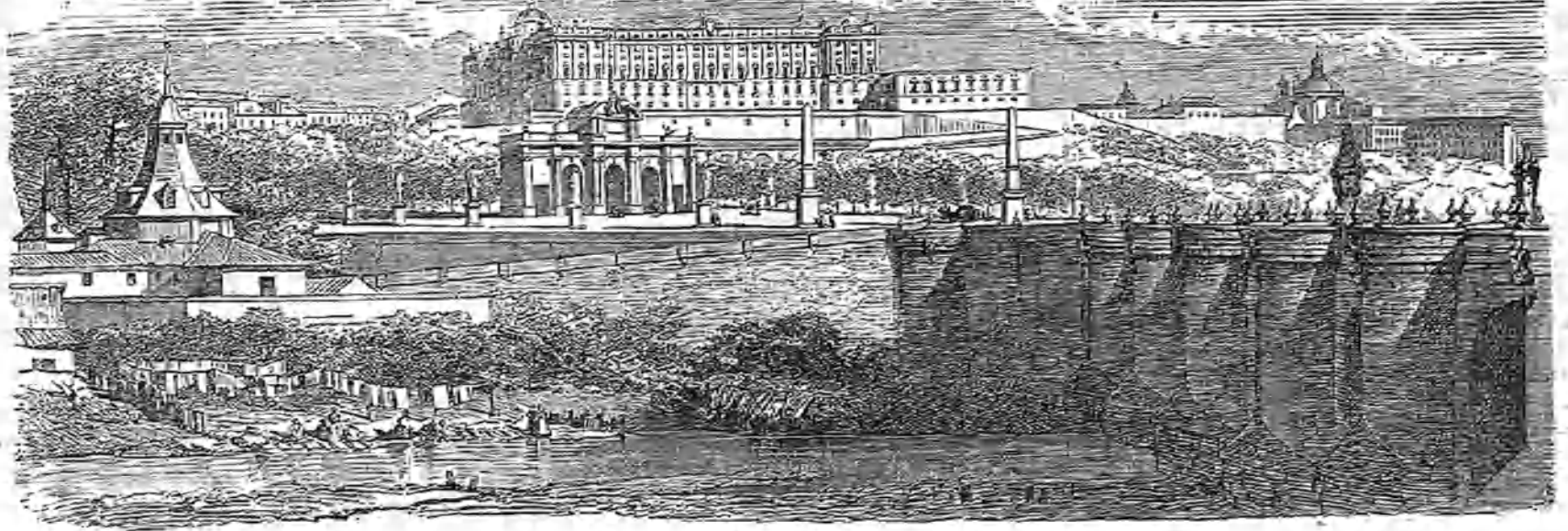


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 28 DE FEBRERO DE 1874.

NÚM. 28.

### SUMARIO.

**TEXTO.**—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—La Serrana de la Vera, comedia de Lope (continuacion), por D. Vicente Barrantes.—Lisboa en 1870, por Rosi.—El poeta portugués J. Simoes Dias, por D. Luis Vidart.—El barco fantasma, novela original, por D. Antonio de San Martin.—Bibliografía, por D. J. M. Escudero de la Peña.—A un alma (poesia), por D. Alvaro Bomea.—El vi metal, por D. José Fernandez Bremon.—Los muros de Gerona.—Curiosidades del Parque de Madrid.—Revista musical, por D. Antonio Peña y Goñi.—Corona Imperial de la Virgen del Sagrario en Toledo, por don Eduardo de Navatoguel. Don Cristino Martos, por D. N. C.—Ondrid y Eguilaz. Sorteo de la loteria nacional en Madrid.

**GRABADOS.**—Corona imperial de la Virgen del Sagrario en Toledo.—D. Cristóbal Ondrid, dibujo de D. A. Pérez, tomado de una fotografia del Sr. Jaldá.—D. Luis Eguilaz, de los mismos.—Lisboa en 1870. Pórtico de Paseo público, dibujo de D. N. Dómer.—La estudiantina en víspera del Carnaval, dibujo de D. F. Pinedilla.—D. Cristino Martos, dibujo de D. A. Pérez.—Los muros de Gerona, dibujo de D. J. L. Pellicer.—El elefante Pizarro, del mismo.—Carneros de Astrakan, del mismo.—Sorteo de la loteria nacional en Madrid, del mismo.—Jeroglífico.

### ECOS.

En casa de algun amigo ó en cualquier desvan donde los excesos de la filarmónica sólo puedan espantar á los gatos, ensaya la estudiantina sus alegres concertos. Pero cuando se acerca el domingo de Carnaval los estudiantinos no pueden contener su impaciencia, y convencidos de que dominan ya los respectivos instrumentos, lanzan el grito de victoria, y sin esperar á los dias consagrados para esta fiesta, ni vestirse, por lo tanto, los caprichosos trajes que para entonces tienen preparados, invaden las calles turbando el silencio de la noche y el sueño de los vecinos.

Este es el momento en que la representa el grabado que adorna hoy una de las planas de LA ILUSTRACION DE MADRID.

Las diversiones del Carnaval ofrecen á las mujeres ocasiones en que hacer más insinuantes sus naturales

atractivos. La imaginacion de la mujer es tan fecunda, que herida por la vanidad da formas á lo imposible. Desde el balcon de su cuarto, y medio oculta detrás de las cortinillas, ve pasar todos los dias hombres que la miran y la desean. Pero todos son seres pequeños ante ella; ha soñado ser reina. No dará su mano sino á un emperador de Prusia ó á un príncipe indio.

¿Qué seria de tan bellas ilusiones, si no llegase al Carnaval y pudiera elegir su reino, y su imperio, y su príncipe salvaje en los figurines de los periódicos de modas?

El Carnaval es un borracho y va de capa caída. Nos hemos convencido ya de que todos nos conocemos y es inútil el distraer. Por otra parte, ¡es tan difícil ya engañar á nadie!

Sólo nosotros nos engañamos á nosotros mismos.

La decadencia del Carnaval, como época de diversion, está justificada por el cambio operado con el tiempo en nuestras costumbres y naturaleza.

Hace algunos siglos las cosas serias hacian llorar y las bromas hacian reir. Hoy lo serio da risa y las bromas nos son insupportables.

Llegará un Carnaval en que todo el mundo saldrá á la calle vestido como de costumbre.

Verán Vds. cómo aquel año no se conoce á nadie.

Después de Carnaval la cuaremasa. Esta es la época del año en que del fondo de los mares se levanta un clamor inmenso.

Un clamor de espanto y orgullo.

De orgullo, porque el hombre, obediente á los santos preceptos, va á declarar una vez más la supremacía de los habitantes del agua sobre los de la tierra: de espanto, porque esta declaracion va á consignarla el hombre en las páginas de cobre de sus baterías de cocina.

El hombre es bueno cuando no tiene apetito; pero las exigencias de su estómago le transforman en un ser abominable.

Vedle lleno de gozo infantil echar migas de pan á los peces despues de almorzar, recreándose en los rápidos giros y bulliciosos juegos de aquellos animalitos: ¡quién sospechará, viéndole tan cariñoso con ellos, que dos horas antes de comer los echará la red y los pondrá á freir en una cazuela?

El estómago es el gran vacío de la humanidad, y en esta época el hombre lo llena de peces.



CORONA IMPERIAL DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO EN TOLEDO.

Se ha repartido ya el programa de los conciertos que han de verificarse esta primavera en el teatro y Circo

de Madrid, por la Sociedad de Conciertos que dirige el Sr. Monasterio. Esta Sociedad se ha completado, cubriendo por oposicion las plazas que en la misma estaban vacantes; estudia desde hace un mes algunas obras nuevas, y otras poco conocidas de los grandes maestros Haydn, Mozart, Beethoven, Weber, Mendelssohn, Meyerbeer, etc., entre las cuales se hallan la célebre sinfonía 3.<sup>a</sup> en la menor, conocida por la Escocesa ó de la Reina Victoria, de Mendelssohn; la 5.<sup>a</sup> en do menor de Beethoven, la Overtura de *Rienzi*, de Wagner, y el gran *Septeto* (obra 20), de Beethoven, así como otras varias obras de distintos géneros de diferentes autores contemporáneos españoles y extranjeros, algunas de ellas escritas expresamente para estos conciertos.

Los conciertos se verificarán los domingos 5, 12, 19 y 26 de marzo, y 9 y 16 de abril próximos, á las dos en punto de la tarde:

Hay muchos que se dicen filarmónicos y declaran sin rubor que no transigen con la música alemana. También es cierto que hay aficionados á la literatura que no transigen con el latín.

Uno de aquéllos me decía no hace mucho tiempo, hablando de la gran afición que se ha despertado en el público madrileño hacia la música de Haydn y Beethoven, estas escandalizadoras frases:

—Confieso á Vd. que cuando salgo de los conciertos clásicos salgo muy apesadumbrado y pesoso de no haber aprendido diez años tan siquiera de solfeo que me sirviesen para descifrar estos logogrifos musicales. Tengo la convicción, sin embargo, de que muchos de esos que se dicen acérrimos partidarios de los compositores alemanes, entienden menos aún que yo esa algebra musical en que las notas sustituyen á los números. Más todavía. Creo de buena fé que no hay tal afición, ni tal inteligencia, ni tal música, sino que todo es un complot fraguado entre algunas docenas de personas que han convenido mutuamente en que esa música es inteligible.

Esto no quita, añadía este hombre sin sensibilidad y sin orejas, que si hay conciertos y sinfonías científicas vaya y aplauda yo como cada hijo de vecino. Ni el silencio que reinaba en los conventos de la Trapa podría compararse con el que habría en esos conciertos al final de las piezas musicales, si sólo aplaudiesen aquellos que las hubieran entendido! Pues dígame á Vd. que es fácil cosa conocer por el sonido de cuatro notas de fagot, la lenta marcha del camello en el desierto á las cuatro y media de la tarde!

Al ocuparme de este asunto no puedo menos de recordar un abuso, contra el cual he clamado, inútilmente, como era de esperar de mi pequeñez é insignificancia, porque constituye una costumbre inveterada del público.

¡Qué irreflexivo es el entusiasmo! Vaya Vd. al Real, ó á los Baños, ó á cualquier teatro, concierto ó circo ecuestre, y verá gritar al público en cuanto le agrada un aria, ó una copla, ó una escena ó una pirueta:

—¡Que se repita! ¡Que se repita!

Y los cantantes, actores ó farsabulos vuelven á empezar el aplaudido trabajo, sin que—¡oh cortesía y generosidad digna de mejores tiempos!—digan á los espectadores que á su vez repitan en el despacho el pago de los billetes.

—¡Lástima grande que este privilegio de pedir la repetición no se extienda á otros géneros más positivos!

¡Qué hermoso sería entrar en una fondá, pedir un salmónete, y...

—Riquísimo pescado. ¡A ver, mozo!

—¡Se ofrece algo?

—Sí; traslada mis aplausos al cocinero y dile que repita el salmónete.

Las faenas de la guerra no han ocupado tan exclusivamente á todos en París que no les haya dejado tiempo para lanzarse á las aventuras del amor.

De una de estas, trágicamente desenlazada, da cuenta una correspondencia del vecino imperio.

Las circunstancias son tales que me ha venido á la memoria un antiguo y triste romance español, que pudiera servir de descripción del hecho. Aunque le conocéis, sin duda, quiero copiarlo, pues yo no sabría dar á mi relación el interés y el tinte melancólico que tienen estos versos:

Levántese la cascada  
Una mañana al jardín,  
Dicen que á gozar el fresco;  
¡Mas te valiera dormir!

Esperando á su galán  
A sueño breve y sutil,  
Le ha dado Amor mala noche:  
¡Mas te valiera dormir!  
Sobre la madeja bella  
Que al Amor revuelve en sí,  
Sale arrajando una toca:  
¡Mas te valiera dormir!  
Gorguera saca de negro,  
Turquesado el faldellín,  
Y á medio vestir la ropa:  
¡Mas te valiera dormir!  
A la salida del huerto  
Torcido se le ha un chapín,  
De que quedó lastimada:  
¡Mas te valiera dormir!  
Pasando más adelante  
Al cojer un alheli,  
Le picó el dedo una abeja:  
¡Mas te valiera dormir!  
Aquí mira, aquí se para,  
Nada halla aquí ni allí,  
Hasta ver lo que no quiso:  
¡Mas te valiera dormir!  
A su amante halla muerto,  
Y al marido junto á sí,  
Que bemató entrambas vidas:  
¡Mas te valiera dormir!

Salvando ciertos detalles de época el caso es igual. ¡Se han hecho ya y han de hacerse en el mundo tantas ediciones de este romance!

\*\*\*

A creer lo que dice la prensa, se hacen grandes preparativos para inaugurar la temporada próxima en el teatro y circo de Madrid de una manera brillante. Una de las primeras obras que se pondrán en escena será la zarzuela fantástica, en cuatro actos y nueve cuadros, arreglada del francés, titulada *Los amos del diablo*, con música de Mr. Albertó Grissar. Para esta función se están pintando nueve decoraciones nuevas, seis de ellas por los Sres. Ferri y Enssato, y las tres restantes por Mr. Grieve, de Londres, autor de las que el público tanto aplaudió en el baile *El espíritu del mar*.

Las transformaciones y maquinaria necesarias serán, á lo que parece, lo más complicado y sorprendente que el público de Madrid ha visto.

Dírase que en los tiempos de nuestro antiguo teatro las comedias se hacían para los ciegos. Un mal tablado sin decoraciones; actores sin trajes adecuados: una miseria. Y en cambio, magníficos versos. Hoy parece que el teatro se ha hecho para los sordos: soberbias decoraciones; trajes de terciopelo y seda bordados de oro, bengalas, luz eléctrica, arcos triunfales formados por mujeres desnudas... pero ¡qué prosa!

\*\*\*

Algunos artistas y literatos amigos ó admiradores de Valeriano Bequer tienen propósito de pedir á la comisión que haya de dirigir la instalación de la Exposición de pinturas, cuando esta haya de realizarse, que se les ceda una de las salas del local, ó una pequeña parte de éste, para colocar los cuadros y dibujos originales de aquel inspirado artista. Ya se hizo esto en otra exposición con los trabajos de Victor Manzano.

Bequer no conservaba en su poder ninguno de sus lienzos, pero existen no pocos en poder de distinguidos aficionados, y muchos en el Museo Nacional. Tratándose de honrar la memoria de un artista, que es honrar la patria en que nació, los particulares y el Gobierno se prestarían gustosos á reunir ante la vista del público el glorioso tesoro que Bequer ha legado á la posteridad.

\*\*\*

¡Bienvenida seas, primavera, que llegas cargada de aromas y flores! Los campos verdean; desátanse los arroyos: los árboles se visten de hojas y los montes se desnudan de sus trajes de hielo. Te conozco en los granos que ya adornan mi barba y te anuncio á mis oídos la trompetilla de ese mosquito, que describe círculos alrededor de mí, y ya se posa en mi mano, ya en mi mejilla; y vuala y revuela, y vuelve y revuelve, y me persigue y no se vá nunca!

¡Bienvenida seas! Para recibirte con decoro voy á comprarme un sombrero de jipijapa, unos botines blancos y un cayado. Saldré luego hacia el Retiro en busca de alguna pastora que cuide borregos de rizadas lanas, trenzadas con cintas y moños de seda.

Peró ¡ay! Ya no se encuentran en el Retiro borregos recién salidos de la peluquería, ni inocentes pastoras, ni en aquellas sombrías arboledas se escuchan otro son de *carranillo*, sino el del que á un dos por tres le arman allí los guardas al más honrado paseante.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

## LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA DE LOPE.

(Continuación.)

Comienza la acción en la feria de Plasencia, disfrazadas Leonarda, Estela y Teodora en hábito de serranas con sus cestos de frutas y flores al brazo, por un amoroso discreto entre las tres sobre la falsedad de los galanes, en que hace punta Estela por lo redomada y descreída. Hé aquí cómo se expresa:

Hoy con habernos vestido  
de serranas de la Vera,  
veréis si hay hombre que quiera  
que no tenga amor fingido.  
No digo, Leonarda, yo  
que tu don Carlos te engaña,  
que faltará amor de España,  
y de sus entrañas no.  
Ni creo que don Rodrigo  
sea falso con Teodora;  
pero que vereis agora  
la verdad de mi enemigo,  
y como vecinas viendo,  
que lo sois, que se me abraza  
mi casa, de vuestra casa  
ireis el daño advirtiendo.

Salen á este punto los tres galanes respectivos, que cuando por la feria se topan con las fruterías garridas.

D. Cár. Dadnos de hablaros licencia.  
D. Gar. Que son serranas recelo,  
más del cielo que del suelo  
de la Vera de Plasencia.  
Leo. ¡Hablaís conmigo!

D. Gar. Con vos,  
que á esos ojos matadores  
quiero comprar mil amores.  
Leo. ¿Mil amores?

D. Gar. Si por Dios.  
Leo. ¿Cómo sabeis que esta tienda  
tiene esa mercadería?

D. Gar. Donde hay luz, serrana mía,  
¡quién ha de ignorar que enlenda?

Leo. ¿Tienda mis ojos?  
D. Gar. ¿Pues no!

Leo. ¿Y qué es lo que vendó?  
D. Gar. Antojos.

Leo. ¿De qué?  
D. Gar. De los mismos ojos.

Leo. ¿Yo antojos?  
D. Gar. No, sino yo.

Leo. Pues si los tenéis, hidalgo,  
¿por qué los compráis en mí?

D. Gar. Por hallarme agora aquí,  
que es donde perdido salgo.  
(En otro grupo.)

D. Cár. No seais, serrana, esquivá,  
vendedme un favor siquiera.  
Est. Si hecho alguno tuviera  
yo os lo vendiera, así viva.

D. Cár. ¿Que no sabeis que es favor  
colijo de la respuesta,  
¿Qué vale?

Est. Conforme cuesta.  
D. Cár. ¿Qué es favor?

Est. Gusto de amor.  
D. Cár. ¿Amor es gusto?

Est. Si es justo.  
D. Cár. ¿Qué es amor?

Est. Quererse dos.  
D. Cár. Pues si yo no os quiero á vos  
aquí no hay amor ni hay gusto.

D. Cár. Todo será comenzar;  
queredme y gusto tendréis.  
Est. ¿Luego ya vos me queréis?

D. Cár. Más debéisos de burlar;  
que no es posible que un hombre  
pueda tan presto querer.

Est. Serrana, siendo mujer  
para amarnos hasta el nombre,  
¿Qué á todas generalmente  
por ser mujeres queréis?

D. Cár. Sí, amiga.  
Est. Muy bien haceis,  
pues amor os lo consiente.

D. Cár. ¿Triata de la que se fia  
de uno sólo!

Est. Y con razon.  
(En otro grupo.)

Leo. ¿Queréis oír mi razon?  
D. Cár. Decid.

Leo. Mas basta ser mía  
para que no la escuchéis.  
D. Cár. ¿Qué es lo que queréis decir?

Leo. Lo que no queréis oír.  
D. Cár. Pues, hidalgo, no os canséis,  
que como no hemos vendido  
lo que á Plasencia traemos,  
por la feria andar querednos.

Leo. ¿Y qué es lo que habeis traído?  
D. Cár. Que yo os lo quiero comprar,  
y á esas serranas tambien  
estos caballeros.

Leo. Bien:  
D. Cár. todos vos queréis burlar.

Leo. Descubrid la cesta, á ver.  
D. Cár. ¿Compraráislo?

Leo. Si por Dios.

GAR. Y nosotros á las dos,  
si hay algo que nos vender.  
LEO. Paso, no lo descubrais.  
GAR. ¿Qué vendeis?  
LEO. Un corazon  
de un galan.  
GAR. Mal galardón,  
y como halcon me tratáis.  
¿Más qué hizo el desdichado  
que le vendeis?  
LEO. Ser traidor.  
CÁR. Y vos, ¿qué vendeis?  
EST. Señor,  
yo vendo un gusto forzado.  
ROD. ¿Y vos, ofinegra?  
TEO. Yo,  
vendo unos papeles.  
ROD. Bueno.  
TEO. Que un cierto amante al sereno  
soñó, pensó y escribió.  
GAR. De veras, vos ¿qué traeis?  
LEO. Unas naranjas traía.  
GAR. ¿Agrias?  
LEO. Todas, á fé mia.  
GAR. Vuestra condicion vendeis,  
pero tocadas, y al punto  
serán dulces.  
CÁR. Vos, amiga,  
¿qué traeis?  
EST. ¿Quiere que diga  
fruta?  
CÁR. Eso es lo que pregunto.  
EST. Camuesas.  
CÁR. ¿Qué desabrida  
fruta!  
EST. Pues así soy yo.  
ROD. ¿Traeis vos algo?  
TEO. ¿Pues no!  
ROD. Descubrido por mí vida.  
TEO. Flores, así Dios os guarde.  
ROD. En fin, esperanzas son.  
EST. Baste la conversacion  
que no compran y es muy tarda.

Al postre cada galan compra una cosa á una serrana, dándoles en pago joyas que de ellas mismas habian recibido como amantes. Ellos lo cuentan á deshora, ausentes ya las fruterías, y por eso el final de esta preciosa escena no es tan cómico como podría. Averigua despues al gracioso Galindo, á costa de unos cuantos cintarazos, como suele acontecer, que son damas disfrazadas, y sospechando un perance van todos á buscarlas por la feria.

En la siguiente escena hallamos ya una descripción de Leonarda, que nos la ofrece por heroína de la comedia. Fulgencio cuenta á Fineo, que viene de la corte, lo que ocurre en Plasencia.

FINEO. ¿Está buena Leonarda?  
FULG. ¡Ay suerte mia!  
FINEO. ¿Con suspiro?  
FULG. ¡Ay de mí!  
FINEO. Señal me ofrece  
ese suspiro de pasión por ella.  
FULG. No ha hecho el cielo aquí cosa tan bella.  
Es Leonarda un espejo en que se mira  
el valor de Plasencia.  
FINEO. Si es Leonarda  
por quien agora vuestro amor suspira,  
no pongo duda que será gallarda.  
FULG. Sin eso os digo que su talle admira,  
y hasta la envidia enfrena y acobarda.  
¿No viste ninfas de alabastro hechas?  
FINEO. Amor en piedra romperá las flechas.  
FULG. Es un poco robusta de persona;  
pero hermosa y gentil, que más bizarra  
no la hay desde París á Barcelona,  
ni desde Transilvania hasta Navarra.  
Es una nueva Hipólita amazona,  
juega las armas, tira bien la barra,  
y con el arcabuz, sin verse cómo,  
pasa desde la vista al blanco el plomo.  
Sube á caballo, y con las fuertes piernas  
de tal manera los talones baté,  
que ménos tú le riges y gobiernas  
con el duro bozido y acicate.  
Tiene obras graves y palabras tiernas  
con que apenas hay vida que no mate;  
para nieve en efecto era estremada,  
porque es muy blanca y en extremo helada.  
Los hombres estimó toda su vida  
por cosa de vil precio y accesoría;  
pero esta nieve y piedra, enternecida  
hoy ha dado al amor rica victoria.  
FINEO. ¿Quiérete bien?  
FULG. ¿Ay cielo! está perdida.  
FINEO. ¿Por tí?  
FULG. Por un don Carlos, cuya historia  
hoy romperé, si puedo, y podré creo  
con un engaño y tu favor, Fineo.

El plan de Fulgencio es enemistar á D. Carlos con D. Luis, hermano de Leonarda, que está recién llegado de la corte á hacer las informaciones para un hábito que el rey le ha concedido. Pónelo desde luego por obra, dando á entender á D. Luis en la siguiente escena que la envidia le suscitará obstáculos.

¿Quién hay que de ella se libre?

Dice filosóficamente el hermano de la Serrana, y le replica el traidor Fulgencio:

Yo conozco un caballero  
que emparentaba con vos,  
y hoy nos ha dicho á los dos  
que es contra vos el primero,  
y aun á serlo nos incita;  
pero sabemos muy bien  
quién sois, y lo que él tambien  
con su engaño solicita.  
Que porque ha dado en querer  
á Estela, y salirse fuera  
de la voluntad primera  
que tuvo á cierta mujer,  
os ha hecho mal nacido,  
y habla mal en vuestro abuelo.  
Luis. Castigo venga del cielo  
en hombre tan fementido.  
¿Es don Carlos?  
FULG. Yo no os digo  
quien es; eso, pues, os toca;  
miraldo y callad la boca.  
Luis. ¡Ah, don Carlos, falso amigo!

Por cierto que en esta escena hay toques de caballerosidad é hidalguía muy valientes.

Fulg. Sin nombre os digo que un hombre  
esto ha hecho contra vos.  
Luis. Decís el hombre los dos  
y estais encubriendo el nombre!  
Todo temor es villano,  
quien le tiene poco medra.  
Ya que tirásteis la piedra,  
¿para qué escondéis la mano?  
Carlos fue quien me ofendió,  
y este decírmelo, ha sido  
que á los dos os ha ofendido,  
y queréis que os vengne yo.

Y al marcharse dice al paño á su criado:

Héndase el mundo primero  
que lleve un hombre de bien  
palabras á nadie.

El traidor no desmaya por eso, que en seguida se dirige á D. Carlos, con igual treta:

¿Venis triste?  
CÁR. ¿Cómo así?  
FULG. Con esta nueva mudanza  
de don Luis.  
CÁR. ¿Es ironía,  
por ver que de su alegría  
la mejor parte me alcanza?  
FULG. ¿Disimulais?  
CÁR. No lo entiendo.  
FULG. Dar don Luis vuestra Leonarda  
á otro hombre ¿no os acobarda?  
CÁR. ¿Qué alegre me estoy muriendo!  
Sin duda que con sangria  
me quiso matar amor,  
que no sintiendo dolor  
el alma se me salía.  
FULG. ¿Don Luis, Fulgencio, concierta  
casar con otro á su hermana?  
FULG. ¿Fama de cosa tan llana  
no ha entrado por vuestra puerta?  
Despues que esa cruz le dieron  
tan grave con ella está,  
que dice que no os la dá  
por cosas que le dijeron  
pasando por Talavera,  
de donde sois natural.  
CÁR. Si enemigos hablan mal  
amigos buscar pudiera.  
Yo soy noble conocido,  
de cuatro abuelos hidalgo,  
y él no sé si topa en algo  
aunque la cruz ha traído;  
le que ¡vive Dios! que ponga  
tan tarde al pecho, que vea  
que no hay bien que se posea,  
que envidia no descomponga.  
Seré el primero que diga  
cosas... pero basta así;  
que hablando en él hablo en mí  
y mi propio honor me obliga.

Con razon dice Fulgencio á su amigo y cómplice Fineo, al salir del teatro,

Ya de mis engaños vea  
que ramas y flores cria;

pues en la escena siguiente vemos ya á los dos hermanos departiendo sobre el suceso que se ha hecho público, llenos de enojo. El carácter de Leonarda empieza á dibujarse:

LEO. ¿Con Estela trata amores  
y ha jurado contra tí?  
Luis. Sí, Leonarda.  
LEO. ¿Cómo sí?  
Luis. Sufrir, vuelve en tí, no llores.  
LEO. ¿Qué es sufrir ni llorar tanto!  
Luis. Si los ojos con la injuria  
muestran agua, es ira, es furia,  
que no procede de llanto.

Y más adelante con sus amigas, que acuden á pedirle satisfacciones, se muestra más clara aún su condicion bravía.

LEO. ¿Qué dices, Teodora?  
TEO. Espera.  
Que en tus fuerzas confiada,  
arrogante de la espada  
más que Alejandro pudiera,  
no mirando que á mujer  
conviene el aspa y la rueca,  
que la que esto deja, trunca  
su condicion y su ser,  
¿te atreves á liviandades  
con tus amigas!  
LEO. ¿Qué bien!  
¿Pues tú, Teodora, tambien  
me riñas y persnades!  
Tiéneme á don Carlos ya  
Estela como á marido,  
¿y á reñirme habeis venido!  
No me habéis, quitáos allá.  
EST. ¿Qué bien has disimulado  
el tener á don Garcia,  
á quien han dado este día  
el parabien de casado!  
Pues aunque más fuerte seas  
no le gozarás, traidora.  
LEO. ¡Hola, Avendaño!  
CRIADO. (Entrando.) Señora!  
LEO. Quiero que tu engaño veas.  
Cierra esa puerta, y por Dios  
que han de ver aquestas damas  
que soy hombre.  
EST. ¿Paces llamas?  
LEO. Miedo tienes de las dos.  
Eso de miedo me agrada.  
Veréis, si á las manos vengo,  
que en vosotras dos no tengo  
para la primer puñada.

Acaba torpemente el acto, apaleando á D. Rodrigo, en la creencia de que es D. Carlos, los criados de don Luis, á pesar de la palabra que éste habia empeñado á su hermana de no tomar resolucion alguna hasta tenerla con su madurez bien consultada. Con razon ella, al empezar el acto segundo, le acusa de fementido en un admirable discreto.

Luis. No hay entre hermanos palabra,  
y así no hay honra que obligue.  
LEO. ¡Oh! ¿Que el cielo te castigue  
y hasta la tierra se abra!  
¿La honra puede faltar  
de ninguna parte, siendo  
las manos que están teniendo  
el mundo!  
Luis. Cesa de hablar,  
que yo en verdades me fundo;  
que lo demas es donaire.  
LEO. ¿No ves que la honra es aire  
en que se sustenta el mundo?  
Y como no puede estar  
ningun cuerpo sin aliento,  
la honra es el elemento  
con que se ha de respirar.  
Luis. ¿Luego si te diera yo  
un bofetón ó tú á mí,  
era caso de honra?  
LEO. Sí.  
Luis. ¿Siendo tu hermano? Eso no.  
LEO. ¿Cómo no! Nunca has oído  
qué en padre al Cid mordió  
un dedo, cuando intentó  
que le vengase ofendido,  
y le dijo:—«A no ser padre  
«os diera en esta ocasion,  
«Laynez, un bofetón.»  
Luis. ¿Y eso quieres que te cuadre?  
LEO. Loco, rapaz, atrevido,  
pues afrontabas á un hombre  
que tuvo á lo ménos nombre  
de tu hermano y mi marido,  
si algunas prendas tuvieras  
con que fuera ley forzosa  
casarme con él, ¿qué cosa  
remediar tu error pudiera?  
¿Buenos quedaran por Dios  
nuestros padras, con un yerno  
afrentado y yo en eterno!...

Leonarda toma con este enojo la peregrina resolucion de irse al monte, sin descubrir, por cierto, ó sin abrigar acaso la que despues la hizo tan renombrada y temida.

(Se continúa.)

V. BARRANTES.

LISBOA EN 1870.

V.

Despuellan en los dos pueblitos peninsulares dos genios inmensos, dos vidas cuyo paralelismo señaló incompletamente Clemencin y cuya semejanza es absoluta. Madrid y Alcalá, la ciudad complutense, se han dis-



DON CRISTÓBAL OUDRID.



DON LUIS EGÚIZAR.



LISBOA EN 1870.—PÓRTICO DO PASSEIO PÚBLICO.

putado el nacimiento del uno; Lisboa y Coimbra, la ciudad universitaria, el del otro: el que nació en Alcalá era de mediana estatura, blanco, buen color, pelo castaño, barba y bigote rubios, ojos alegres, nariz corva; el que nació en Lisboa era de mediana estatura, blanco, buen color, pelo rubio, ojos vivos, nariz larga, "con una elevación no desairada en la mitad (testigo de ingenio)"; los dos eran de afable, ameno y festivo ca-

rácter; los dos fueron hidalgos, soldados, postas y pobres; los dos hicieron largas y penosas peregrinaciones; el uno perdió la mano izquierda en Lepanto, el otro el ojo derecho en el Estrecho de Gibraltar; el uno tuvo por recompensa de sus servicios una plaza de recaudador de alcabalas, que dió con él en la cárcel; el otro un cargo de *provedor-mor de defunctos* y fué á parar á una prisión: los dos escribieron desde su calabozo: los dos

recibieron algun tiempo pensiones, aunque tan escasas, que pasaron en la mayor miseria los últimos años. Al final de estos decía el uno:

«Fuíme con esto, y lleno de despecho  
Busqué mi antigua y lóbrega posada,  
Y arrojame molido sobre el lecho:  
Que cansa, cuando es larga, una jornada.»

Y escribía el otro:

«¿Quién había de decir que en tan pequeño teatro como el de un pobre lecho, querria la fortuna representar tan grandes desventuras?»

Al día siguiente de recibir la Extremaunción escribía el uno:

«Puesto ya el pié en el estribo,  
Con las ansias de la muerte,  
Gran señor, ésta te escribo.»

Poco antes de morir escribía el otro:

«En fin acabaré la vida y verán todos, que tan aficio-

tes y Camoens empieza en la cuna y se prolonga después de la tumba, hasta el apoteosis de la posteridad, que si para el primero viene 70 años antes que para el segundo, en cambio es por obra de un comisario de cruzada, sin participacion alguna popular, mientras que para éste, es, como se lee en el monumento:

POR SUSCRIPCION  
AUXILIADA PELOS PODERES PÚBLICOS. 1867.

Encuétrase como término del Chiado, en el centro de la plaza de Camoens; sobre cuatro gradas se levanta

la capilla de San Juan Bautista, mandada construir en Roma por el derrochador D. Juan V; es obra de los mejores artistas de la época y está adornada de materiales preciosos, como granito oriental, pórfido, alabastro, amatista, coralina, lapislázuli y plata. Hay allí cuatro cuadros en mosaico que representan el bautismo de Jesús, la Anunciacion y el descenso del Espíritu-Santo, considerados como obras maestras de los mejores artistas italianos; toda la capilla vino desarmada y embalsada de Roma después de haber oficiado en ella el Papa y fué expuesta al público en 1751. ¡Este capricho real,



LA ESTUDIANTINA EN VÍSPERAS DEL CARNAVAL.

nado fui a mi patria que no me contenté solamente con morir en ella, sino de morir con ella.»

El que murió en Madrid fué pobremente enterrado en la iglesia de las monjas Trinitarias, y no tuvo quien grabara sobre su sepultura estas nueve letras: CERVANTES.

El que murió en Lisboa fué pobremente enterrado en la iglesia de las monjas Franciscanas, y a los 16 años tuvo sobre su tábula la siguiente inscripcion:

AQUI JAZ LUIS DE CAMOENS,  
PRÍNCIPE DOS POETAS DO SEU TEMPO.  
VEVEO PORRE E MISERAVELMENTE  
E ASSI MORREU.

Las monjas Trinitarias perdieron las cenizas de Cervantes, y España tardó 218 años en erigir en una plaza de Madrid una estatua de bronce:

A MONDEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES.

Las monjas Franciscanas perdieron los restos de Camoens, y Portugal tardó 233 años en erigir en una plaza de Lisboa una estatua:

A LUIS DE CAMOENS.

Como se ve, el paralelismo entre las vidas de Cervan-

un pedestal octógono de 7 metros y 48 centímetros de altura, con un zócalo del mismo estilo que el monumento; en los ángulos del octógono hay ocho plintos, sobre los cuales están colocadas las estatuas de Fernao Lopes, el primer historiador portugués; Pedro Nunes, cosmógrafo; Gomes Eannes d'Azurara, Joao de Barros y Fernao Lopes de Castanheda, historiadores de las navegaciones portuguesas; Vasco Mousinho de Quevedo, Gerónimo Corte Real y Francisco de Sá de Menezes, cantores épicos de los descubrimientos y conquistas de Portugal; sobre la cornisa del entablamento se halla la estatua que representa al autor de las Luisiadas, de edad de 50 años; hay nobleza y expresion en la cabeza, que está coronada de laurel; pero fuera de eso, lo demás no nos parece feliz: lo que en la estatua se glorifica no es al soldado, que como tal, aunque valeroso, no hubiera salido de la oscuridad, es al poeta; y sin embargo, Camoens tiene en la mano derecha una espada desnuda, y a los piés una coraza y unos libros. Esta estatua tiene 4 metros de altura; las ocho que hemos descrito, que son de piedra, 2 metros y 40 centímetros; la elevacion total del monumento, desde el suelo a su mayor altura, 11 metros y 48 centímetros.

Parte de esta plaza, como continuation de la rua del Alameda, la ancho pero pendiente de San Roque, a que da nombre la iglesia de ese título, de la cual forma parte

costó 14 millones de cruzados, unos 110 millones de reales!

Junto a la iglesia de San Roque, en un edificio que fué colegio de jesuitas, está la Casa de Misericordia, y contigua a ella el establecimiento construido de nueva planta por la Companhia de carroagens lisboenses, que tiene establecidas otras estaciones y un servicio telegráfico para transmitir los encargos de coches.

Por la calle cuyo lado derecho forma la iglesia de San Roque, se llega al paseo de Alcántara, uno de los pocos algun tanto frecuentados en Lisboa; está dividido en dos partes: la primera, separada de la rua de San Pedro de Alcántara por una valla de hierro, forma calles de frondosos árboles; desde ella se baja por una escalinata a un plano inferior, en que se halla el jardín, más notable aún que por su espesa arboleda, por su abundancia de flores, algunas de ellas muy delicadas y raras, y su fuente, por la deliciosa vista que se disfruta desde lo alto de las elevadissimas murallas que contienen el terreno en el declive de la montaña sobre que el jardín está situado. Desde este punto se contempla el lado oriental de la ciudad, desde el ancho Tajo hasta la via que conduce de Santana y Benéfica, teniendo delante las alturas de la Peña de Francia, Gracia y el castillo de San Jorge, ya conocidos, y al pié todos los barrios nuevos, la plaza del Rocío y el paseo público: no conocemos forastero

que colocarlo en el de Alcántara, ya sea de día para abarcar á una mirada las eminencias cortadas á trechos por huertas y jardines, ya de noche respirando la brisa del mar y el perfume de las flores, teniendo delante el cuadro de la accidentada poblacion señalada por millares de luces, no conocemos forastero, decimos, que desde allí deje de proclamar á Lisboa ciudad verdaderamente hermosa.

A corta distancia se encuentra la plaza del *Príncipe Real*, moderno y elegante *square* formado en el terreno que ocupaba la patriarcal quemada en el pasado siglo; tiene en el centro un surtidor y un estanque; está bien arborizado y adornado; la mayoría de los edificios de sus lados son modernos y de muy buen gusto, y por un costado ofrece vista al Tajo y ventilación que viene á completar las buenas condiciones higiénicas á que contribuye su situación elevada.

La entrada está plaza á la espaciosa *rua direita da Escola Polytechnica*, establecimiento que se encuentra á la derecha, á los pocos pasos. Se estudian en él matemáticas, física, química, botánica, mineralogía, zoología, economía política y dibujo; los alumnos de la Escuela politécnica quedan habilitados para las del ejército naval y de construcción naval. Este edificio, antiguo colegio de jesuitas, ha sufrido una transformación considerable, que le ha dado un aspecto grandioso; á él ha sido trasladado el *Museo zoológico y mineralógico* que estaba en el palacio de la Ajuda. Dentro del recinto de la Escuela politécnica está el *Observatorio meteorológico*, modernamente construido con todas las condiciones que aconsejan la ciencia y la experiencia, los instrumentos son de los más perfectos y el Observatorio pertenece á la liga meteorológica y está por consiguiente en relación con todos los demás de Europa.

No lejos, en la *rua da Conselaria*, cerca de la plaza das Flores, se ha establecido la Iglesia evangélica española, donde se celebran oficios todos los domingos y donde hay todas las noches asambleas para los asociados y sus hijos.

Poco más allá de la Escuela politécnica, en la *travessa do Pomal*, se halla la *Imprenta Nacional*, propiedad del Estado, establecimiento único en Portugal por su magnífica fundición de tipos, su calcografía y litografía, sus prensas y sus trabajos, que pueden competir con los mejores que se hacen en Europa.

Si es curiosa la visita á la imprenta Nacional, no lo es ménos la que el forastero debe hacer desde allí al llamado *Aqueducto das aguas líves*; fué construido en veinte años, bajo la dirección del ingeniero Manuel Maio y resistió el gran terremoto de 1755; comienza á tres leguas de Lisboa y en toda su extensión tiene 127 arcos de excelente piedra; los 26 que forman un puente sobre Alcántara son de una altura considerable y muy atrevidos. El acueducto trae sus aguas, de mediana calidad por cierto, por el lado Nordeste de la ciudad y allí toma el nombre de *Amoreiras* (moreras) á causa de una plaza contigua, en la que hay árboles de esa clase y junto á la cual se levanta un arco de triunfo de arquitectura dórica, con una inscripción lapidaria que refiere la historia del acueducto y que tiene la fecha de 1736. Entra por una torre cuadrangular, construida en 1524, en cuyo centro se halla un considerable depósito de agua.

Retrocediendo un poco para tomar la *rua de Santa Isabel*, se encuentra un recinto melancólico, un jardín de gigantescos cipreses, digno de verse; es el *Cemeterio inglés*, en el cual se halla un sencilló pero lindo templo donde se ejerce el culto de la *Iglesia anglicana reformada*.

Contiguo al cementerio está el *Jardín de la Estrella*, el paseo más lindo de Lisboa, aunque no el más frecuentado por hallarse lejos del centro. Está dispuesto con bastante gusto; contiene una montaña artificial, desde la cual se divisa parte de la ciudad y del Tajo; una gruta también artificial; estufas, pabellones, en uno de los cuales todos los días festivos una banda de música militar, buen arbolado y abundancia de flores. Toma el nombre de la *basílica* que está frente al jardín, rica en mármoles y notable por su elegante cimborrio, que domina toda la ciudad; fué construido y modelado imitando al de la *basílica* de San Pedro en Roma.

Hemos hablado del cementerio oriental, ó de San Juan; más rico que este en monumentos fúnebres y no peor situado es el occidental, llamado con chozcoso impropiedad de los *Placeres*, por haberse aprovechado para formarle un campo perteneciente á una ermita donde se veneraba á la Virgen de esta invocación. Inmediato al jardín se hallan una *casa de salud* y el *hospital militar*.

Si impropio es el título de los *Placeres* aplicado á un cementerio, no lo es ménos el de *las Necesidades* apli-

cado á un palacio; la causa de esta anomalía tiene su origen idéntico; allí había una ermita dedicada á la Virgen de las Necesidades, y D. Juan V la reedificó, la elevó á la categoría de capilla real, compró el terreno que la rodeaba, construyó en él el palacio y formó la quinta existente. El palacio no tiene en su forma exterior nada de particular, ni á la línea recta obedece siquiera su principal fachada; frente á ella se ha formado modernamente una plaza, que tiene en el centro una fuente con un gracioso y elevado obelisco de una sola pieza. Dentro del palacio hay no pocas preciosidades, una rica biblioteca, abundante en manuscritos raros, códices y manuscritos estimables y un museo de objetos de mucho mérito, valor é importancia. La quinta tiene espaciosas calles por donde pueden transitar carruajes, abundancia de plantas exóticas, variedad de flores y árboles frutales. Después del terremoto de 1755, fué cedida á los frailes de la congregación del oratorio la parte del edificio que linda con la quinta, en la cual celebraron sus sesiones las Cortes Constituyentes de 1821. En este palacio murieron el muy popular rey D. Pedro V y los infantes D. Pedro y D. Juan, misteriosa y simultáneamente.

Es digno de recorrerse el barrio cercano, llamado de *Buenos-Aires*, un poco extraviado pero muy favorecido por las familias inglesa y por las que sin serlo buscan para establecerse la quietud, el retiro y las buenas condiciones higiénicas. Este vecindario, rico y habituado á las comodidades, ha hecho que se vayan agrupando en Buenos-Aires muchas y muy lindas casas, todas ellas con jardines; entre las más modernas merece especial mención el lujoso palacio edificado por el vizconde de Guadalupe.

Tal es el silencio de este barrio y la escasez de transeúntes que en él se nota, que llega á ser agradable la vuelta al de la Estrella, á quien el palacio de las Cortes imprime alguna, aunque siempre escasa, animación. Hallanse éstas en el extinguido convento de *San Bento*, edificio de enormes dimensiones, que no dejaría de ofrecer un aspecto grandioso si se hubiera concluido la restauración proyectada y comenzada; hallanse allí con todo desahogo los salones de sesiones de las *Cámaras de Diputados y Pares*, con todas las dependencias necesarias, secretarías, archivos, salas de comisiones, tribunas públicas y reservadas, etc., etc. El salón de sesiones de diputados no merece la pena de una visita; fué construido muy á la ligera en 50 días, para que D. Pedro IV pudiera abrir las Cortes la fecha que se había fijado, y por su forma rectangular, por su disposición y su pobreza, más parece un teatro caído ó una sala de conciertos que el salón destinado á las sesiones de los representantes del país. Lo contrario precisamente sucede con el de la Cámara de los Pares, recientemente edificado, que recuerda por su forma, su decoración y su riqueza al Senado francés del Luxemburgo. Las magníficas columnas de mármol que separan las tribunas, la preciosa talla de madera del trono y de las sobrepuestas laterales, las esculturas y hasta la colocación de los miembros de la Cámara, los escaños, los pupitres y la mesa de la presidencia, son de gran riqueza y de mucho gusto.

En el mismo edificio de San Bento está el *Arquivo da Torre do Tombo*, trasladado desde la del Castillo, que cayó en el terremoto de 1755; hallanse allí depositadas las cunillerías de los reyes, los autógrafos de las leyes, mercedes y testados desde el principio de la monarquía portuguesa, y todo lo que pudo recogerse de los monstruosos procesos formados por la Inquisición. Hay en aquel archivo curiosidades que el anticuario que visite á Lisboa no debe dejar de examinar; en el mismo edificio se halla establecida una *cátedra de paleografía y diplomática*.

Costumbre general de todos, á casi todos los que se dedican en España á alguna profesión científica, es seguir al día los adelantos de Francia, Inglaterra y Alemania, y nada tendría de censurable esa costumbre, si al mismo tiempo no se hallara tan extendido como ella el error de que es inútil volver la vista á Portugal, pueblo que consideramos, sin habernos tomado el trabajo de conocerle, á retaguardia de los del continente europeo. Los que reconocen la importancia de los trabajos geodésicos y la influencia que están llamados á ejercer en una buena administración, no nos perdonarían que pasáramos en silencio otro establecimiento que se alberga también en el edificio de San Bento; hablamos de la llamada *comisión geodésica*, creada en 1864 con el título de Instituto geográfico, y dirigida constantemente por el entendido y laborioso director el general Folque. Gracias á ella, Portugal tiene ya organizada la triangulación de primer orden, constituyendo una vez de 233 triángulos, cuyos lados miden por término medio 30 kilómetros, y está procediendo á la cons-

trucción de la carta geográfica general. En más de la mitad de la superficie del reino se han escogido puntos trigonométricos, á fin de levantar la carta corográfica, los planos hidrográficos de las barras de puertos y ríos, y algunos planos topográficos en grandes escalas. Todas estas triangulaciones han servido para la construcción de la carta corográfica de Portugal, en la escala de *Ussler*, formando un atlas de 36 hojas de 0,8 metros de ancho por 0,5 de largo. Este magnífico trabajo consta ya de 15 hojas publicadas. A más de esto la comisión geodésica ha levantado los planos hidrográficos de los puertos y barras de Lisboa, Figueira, Aveiro, Oporto, Vianna do Castelo y Caminha, y otros planos topográficos en la escala del catastro. Todo ello es de una exactitud y una ejecución dignas de elogio, y ha recibido la sanción del gobierno prusiano, á cuya invitación fué el general Folque á tomar parte en la conferencia internacional geodésica.

La materia de que estamos tratando, y la localidad en que se halla, nos lleva como por la mano á la *Academia Real de Ciencias*, fundada en 1778, reformada en 1852 y establecida hoy en el ex-convento de Jesús, cuya magnífica sala de biblioteca ha aprovechado la Academia para colocar la suya, que cuenta más de 50.000 volúmenes. En la misma Academia está el *Curso superior de letras*, cuyas cátedras, muy concurridas todas las noches, desempeñan los escritores más altamente reputados en Portugal.

Tratando de poner término á este paseo, se encuentra al paso, en la *Calçada do Combro*, la *Dirección general de correos*, establecida en un antiguo y grande palacio, aunque pequeño ya para el desarrollo que ha tomado el servicio.

Casi frente á este edificio se halla la *rua de Oros de Pau*, que conduce al *alto de Santa Catalina*, separado de la *rua das Chagas*, donde hoy se encuentra la *legación de España*, por un hondo valle, curioso como una de las más marcadas pendientes del suelo accidentado de la ciudad, y más curioso aún después de saber que aquel valle no existía la víspera del terremoto de 1755, que causó aquella enorme depresión del terreno, enterrando en ella todos los edificios levantados en lo que antes formaba un plano en las dos alturas que han quedado á los costados. El alto de Santa Catalina ofrece además una vista del Tajo y un panorama general de la opuesta orilla y de la barra, que se recomiendan entre los más pintorescos de que tan abundante es Lisboa.

Desde allí á la plaza de Camoens, y por consiguiente al Chiado, es decir, al centro de la poblacion, no hay más que un paso. En este centro cerramos la vuelta que en este artículo hemos dado por una parte importante de la capital, dejando para el siguiente nuestro último paseo por ella.

Rosa.

## EL POETA PORTUGUÉS J. SIMÕES DIAS.

Continuando los estudios sobre la poesía lírica portuguesa que comenzamos en esta revista (véase el núm. 23 del tomo de LA ILUSTRACION DE MADRID del pasado año), vamos á dar algunas breves noticias acerca del escritor lisitano J. Simões Dias, del cual ya hemos publicado en la ocasión indicada una composición poética que lleva por título *El día de difuntos*.

Dignos son los escritos del Sr. Simões Dias de fijar la atención de los lectores españoles, porque en todos ellos se revela una tendencia ibérica que, hablando con franqueza, es en Portugal mucho ménos frecuente de lo que debiera ser para común ventura de los pueblos peninsulares. La verdad debe decirse clara y terminante en política, como en los demás fines de la vida; los caminos de la verdad pudieran llamarse los caminos reales del buen éxito para todas las empresas humanas; y así lo conocía el sagacísimo y casi olvidado Feijón cuando en su discurso titulado *La política portuguesa*, explicaba doctamente cómo todas las artes magníficas serian vencidas por una política de lealtad y mesurada franqueza, que está tan distante de la sándia candidez como de la mentira erigida en sistema, que es lo que hasta el presente ha constituido la más elevada cúspide de la sabiduría de los llamados hombres de Estado.

No son ociosas ni fuera de propósito las anteriores reflexiones, cuando vamos á decir nosotros, que de ibéricos hacemos alarde, que la idea de la unión de Portugal y España, hoy por hoy, no es bien acogida por el pueblo portugués, y sólo en las clases ilustradas, principalmente entre el clero, las gentes de letras y la milicia, cuenta algunos valerosos y entusiastas defensores.

Y es natural y lógico que siendo el iberismo un adelantamiento en la vida histórica de los dos pueblos pe-

insulares, haya comenzado, como toda idea progresiva, por ser aceptada tan sólo por el escaso número de inteligencias que piden á la esplendorosa luz del porvenir la nueva ciencia, la nueva verdad que ha de sustituir á la tradición de lo pasado, á que siempre rienden apasionado culto las muchedumbres populares.

Todo progreso se verifica mediante un genio individual que inicia la nueva idea, genio que frecuentemente es mártir de su propia obra, pues las multitudes eternamente concederán sus favores á Barrabás y crucificarán á Jesús; pero aunque así suceda, la obra del bien fructifica con la sangre del justo, y algunas inteligencias rectas, en número escaso, para muchos son los llamados y pocos los escogidos, continúan la enseñanza de la combatida verdad, y un día llega en que las multitudes reconocen su error y adoran como ídolos á los que condenaron como impostores. Esta ley constante de la historia humana ha de verificarse en Portugal respecto á la cuestión ibérica; y los portugueses que hoy son acusados de malos patriotas porque sostienen la conveniencia y la justicia de que los dos pueblos peninsulares lleguen á formar una sola nacionalidad, han de alcanzar en las edades futuras merecido renombre de sabios políticos y previsores estadistas.

Después de esta ya larga introducción política, veníamos á ocuparnos del Sr. Simões Dias y de sus obras literarias. En *La Correspondencia de España* del 2 de diciembre del pasado año (1870) se lea lo siguiente:

«El distinguido escritor portugués D. J. Simões Dias va á publicar unos estudios literarios sobre el estado y adelantamientos de las ciencias y artes en España, á cuyo fin está reuniendo copiosos datos.»

En efecto, ya en la cubierta de la colección de poesías que publicó há poco tiempo el Sr. Simões Dias, titulada *As Peninsulares*, se anunciaba la obra á que se refiere la anterior noticia; obra que, según parece, ha de intitularse: *Estudios de literatura española contemporánea*. Bastarían estas públicas afecciones del Sr. Simões Dias al estudio de la literatura española, para que se presume, no sin motivo, la tendencia ibérica que en su pensamiento domina, pero su ya citada colección poética presenta más de una prueba que confirma plenamente esta racional presunción. Hállanse precedidas *As Peninsulares* de una introducción cuyos primeros versos dicen así:

*De Portugal e das Hespanhas canto  
Cantigas novas, quizes cantar as sobras  
Quem aprendeu de português o quanto  
Na alma do povo dóe o amargo pranto  
Das aos olhos sobras, porque ali não cabe.*

Y esta dirección lusitano-española se continúa en todas las páginas del libro, apareciendo en ellas, al lado de poesías que por su asunto pudieran llamarse portuguesas, otras muchas que seguramente han nacido bajo el claro azul del cielo de España, tales como las que se titulan *La cataluña*, *El estruendo de Salamanca*, *A una española*, *Las hijas del Manzanares*, y la traducción libre de la famosa leyenda del insigne Zorrilla *A buen juez, mejor testigo*.

Terminan *As Peninsulares* con un *Post-scriptum*, donde explicando su autor la razón de ser del título que lleva su libro, entre otros particulares, escribe lo siguiente: «La poesía de la Península es tan semejante; son tan verdaderamente hermanos los dos pueblos que la forman, que juzgamos de todo punto necesario dejar que el pensamiento se dilate por sus varias manifestaciones, y de esta suerte reunir en un mismo ramo las más aromáticas flores recogidas en sus vergeles literarios. La guitarra de Almagro, hábilmente tocada por un salamanquino, con dificultad podrá ser oída en España sin que sus resonantes ecos lleguen á Portugal.»

Nos hemos detenido mucho al tratar de *As Peninsulares*, y el título y el contenido de este libro justifica nuestra preferencia, si se tiene en cuenta la idea fundamental que guía nuestra pluma al escribir los presentes apuntamientos sobre literatura portuguesa, pero quizá no es esta la más importante entre las obras poéticas del Sr. Simões Dias. Su poema heroico-cómico, *A hostia de amor* (Elvas, 1859); su colección de romances, *Coroa de amores*, y la poesía lírica *O mundo exterior*, de la cual se han agotado dos ediciones, merecerían largo y meditado examen crítico, pero esto no cabe en el plan general que nos hemos propuesto de escribir solamente algunas breves indicaciones que sirvan como de prólogo ó introducción á las traducciones de poesías portuguesas contemporáneas que sucesivamente iremos dando á conocer en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID.

Para terminar hoy nuestra tarea, transcribiremos aquí el breve juicio que formula el Sr. D. Antonio Romero Ortiz en su libro recientemente publicado, *La literatura*

*portuguesa del siglo XIX*, acerca del autor de *As Peninsulares*. En el estudio crítico dedicado al poeta lírico Tomas Riveiro, después de recordar el Sr. Romero Ortiz que entre otras semblanzas de poetas portugueses contemporáneos se hallan bosquejadas en su estudio literario, «la de Francisco Manuel do Nascimento, el sacerdote volteriano, el emigrado purista; la de José Agustín de Macedo, el fraile díscolo, turbulento y libertino, el crítico erudito, el émulo arrogante de Camoens; la de Barbosa du Bocage, el filósofo tornadizo, el improvisador fecundo, el vate licencioso; la de Almeida Garrett, el eminente autor dramático, y la de Antonio Feliciano del Castillo, el nuevo Ovidio;» hace especial mención de Nuño Pato Moniz, Juan de Lemos, J. Falha, Raimundo Bulhao Pato, Soares de Passos, Francisco Gomez de Amorin, Luis Augusto Palmeirín, el vizconde de Gouvea y Teófilo Braga, y añade el siguiente párrafo en que concluye su conmemoración de los poetas líricos portugueses de la edad presente:

«Todavía existen, dice, otros muchos poetas portugueses, entre los que recordamos á Simões Dias, sencillito, no siempre correcto y un tanto libre en sus cuentos satíricos; á Augusto Lima, en cuyos cantos hay cierta melancolía monótona; á Pinto Riveiro, versificador elegante; á Alejandro José da Silva Braga, uno de los más ingeniosos discípulos de la escuela romántica; á Faustino Novaes, rimador satírico de claro talento y escasa instrucción; á Luso Silva, mediano poeta bucólico, y á otros, que nombraremos sin comentarios, Pomplio Pompeu, Augusto E. Zúñar, Juan Bernardo da Rocha Loureiro, Cardoso de Menezes, Pinheiro Caldas, Silva Ferraz, Pereira de Chavy, Martínez de Gouvea, Santa Anna de Vasconcellos, Lara de Carvalho, Correa de Azeite, Oliveira Guimarães, Ramos Coelho, Savaira da Silva, Justino Pires, Pereira de Carvalho y Sousa de Macedo.»

Dadas estas brevísimas noticias literarias acerca del Sr. Simões Dias, véase ahora la traducción libre de una de las poesías que se hallan en su libro *As Peninsulares*, que es un verdadero cuento fantástico, cuyo mérito podrán avalorar nuestros ilustrados lectores.

EL FANTASMA.

Siempre figura pasea la calle  
El rostro cubierto con negro capuz.  
«¿Es hombre? ¿Es fantasma? ¿Es muerto animado  
Que deja en la noche su filo atañud?»

Valada la luna, la calle desierta  
Tan solo se escuchó sonido fugaz,  
Balcon ó ventana que se abre pausado  
Y el gozpe premitoso rechina al girar.

Cayó de lo alto escala de seda,  
Por ella el fantasma con prisa subió,  
Su sombra perdióse del muro en la sombra,  
Y luego despareció corriendo un balcón.

Nació la aurora, la luz matutina  
Prestaba al ambiente su claro matiz,  
Mirad en los brazos del negro fantasma  
Mujer más hermosa que célica aurora.

La calle desierta, la aurora nascente,  
Apénas se oía del aura el rumor,  
Al fin cual murmullo de brisa entre flores  
Escuchábanse frases de vaga pasión.

«Si mataste tus ojos á aquel que los miró,  
Morir por mirarlos (qué dulce morir!)  
Si en hielo mi pecho trocés el desengaño  
La nieve del alma es fuego por tí.»

Y voz anhelante así contestaba:  
«¿Bien info! ¿Amor mío! ¿Recucha! ¿Piedad!  
¿Si es tuya mi alma, si es tuya mi vida,  
Si toda soy tuya! ¿Pretendes aún más?»

«No quiero tu alma, ni comera la sombra,  
Yo quiero tu alma feroz consumir  
En llama de amores que eternos la abrasen,  
¡Kállamás que engendran placer, frenesí!»

«¡Entonces, huyamos, la dicha busguemos  
Defiendo del mundo que el cielo no sea!  
El mundo ha trocado sus reglas antiguas  
En leyes nuevas que llama virtud.»

Cerco la doncella al riesgo amoroso,  
Partieron, evasivos caminó sin fin,  
Ciudades, y valles, y prados, y montes,  
En vertigo horrible atravesó el fin.

De pronto un abismo se abrió ante sus ojos  
Y al verio el fantasma con furia exclamó:  
«¡Mujer, no te asombres, yo soy el ensueño,  
Delirio del alma que llama amor!»

«Bajemos al fondo del hórrido abismo  
Vallí, en lo profundo, la dicha hallarás  
Que guarda el destino al ser delirante  
Que busca en la tierra amor inmortal.»

Descienden, descienden y crece el delirio,  
Abismo espantoso, infierno tal vez,  
Que solo el demonio bajara tan hondo  
Sóñando de amores bailar el eden.

Así cuando en bulto la calle pasé,  
Velado su rostro con negro capuz,  
Por sí es el demonio su forma de amante  
Que cierran las puertas y se haga la cruz.

En plazo no lejano daremos á conocer á nuestros lectores otras poesías del Sr. Simões Dias, entre ellas la que se titula *A Barcarola*, que en opinión del Sr. Romero Ortiz, es una de las mejores de la colección *As Peninsulares*, y quizá algun fragmento de su poema heroico-cómico *A hostia de amor*.

LUIS VIDART.

EL BARCO FANTASMA.

NOVELA ORIGINAL

DE  
D. ANTONIO DE SAN MARTIN.

L.

Era el amanecer del día 6 de Abril de 1839. El mar estaba apacible, y bañaba dulcemente las playas de la ciudad de la Coruña, capital del antiguo reino de Galicia.

La ciudad dormía aún. Algunos débiles celajes tenían el horizonte de tintas rosadas, y el pobre pescador recogía sus redes tendidas durante las primeras horas de la noche.

Las embarcaciones ancladas en el puerto se balanceaban apénas á impulsos de las brisas matinales, que rizaban las olas de la mar cantábrica, casi siempre inquietas y tempestuosas.

El día fué aclarando lentamente; la ciudad despertó de su sueño, partiendo de ella esos mil rumores que son la voz lejána de una gran población, y el sol brilló espléndido y majestuoso handiendo en el mar sus rayos tíficos aún.

Existe á la entrada del puerto de la Coruña un castillo construido sobre unas peñas labrá cuatrocientos años, castillo que como un centinela vigilante guarda la ciudad. Allí hay un vigía el cual desde su atalaya pregunta á las embarcaciones, que necesariamente tienen que pasar por delante de él, su procedencia, número de tripulantes, etc., etc.

La mañana á que nos referimos el vigía estaba en su puesto. A lo lejos, y con rumbo hácia el puerto, se dirigía una embarcación de albo bordo, á toda vela.

Eran la marea y el viento tan favorables al barco, que bien pronto estuvo esta cerca del castillo y entonces pudo verse que era un bergantín de casco negro como la noche y magnífica arboladura.

Aplicó el vigía á sus labios una bocina, y le dirigió las preguntas de ordenanza sin obtener respuesta alguna.

El buque, entre tanto, y merced á una maniobra ejecutada por marineros invisibles, amainó velas y se fué acercando lentamente.

Reiteró el vigía sus preguntas sin obtener contestación alguna como la vez primera, y entonces corrió á dar aviso de lo que acontecía al gobernador del castillo, el cual acudió presuroso á las murallas.

«¿Ah dá la embarcación! Volvió á decir el vigía con voz estentórea. ¿Quién es el capitán?... (silencio profundo.) ¿De dónde viene... qué cargamento!..»

El barco negro, sin darse por entendido á tales preguntas, como las dos veces anteriores, se acercó hasta ponerse á tiro. Ni un alma se veía sobre cubierta.

«¿Fuego! Gritó entonces el gobernador del castillo. Oyóse el estampido de un cañazo, y una bala de á ocho pasó zumbando por entre la arboladura del misterioso barco.

Esto, cuando se hubo disipado la humareda producida

por el disparo, *largó el trapo*, como dicen los marineros, y gracias á una hábil maniobra ejecutada también por tripulantes que no se veían desde el castillo, volvió la proa á la ciudad y comenzó á alejarse con lentitud.

Dióse nuevamente la orden de hacer fuego, y otra bala fué á caer á poca distancia de la embarcación, que aumentaba por momentos la rapidez de su marcha.

Entónces se vió una cosa rara en esta época, y de la cual los anales marítimos de la Coruña no conservaban memoria alguna. El buque negro contestó al segundo disparo del castillo con otro cañonazo sin bala á guisa

sargas, y al llegar á la menor de las tres islas, el *pirata*, que hasta entónces había permanecido á muy corta distancia de nosotros, comenzó á alejarse como alma que se lleva el diablo.

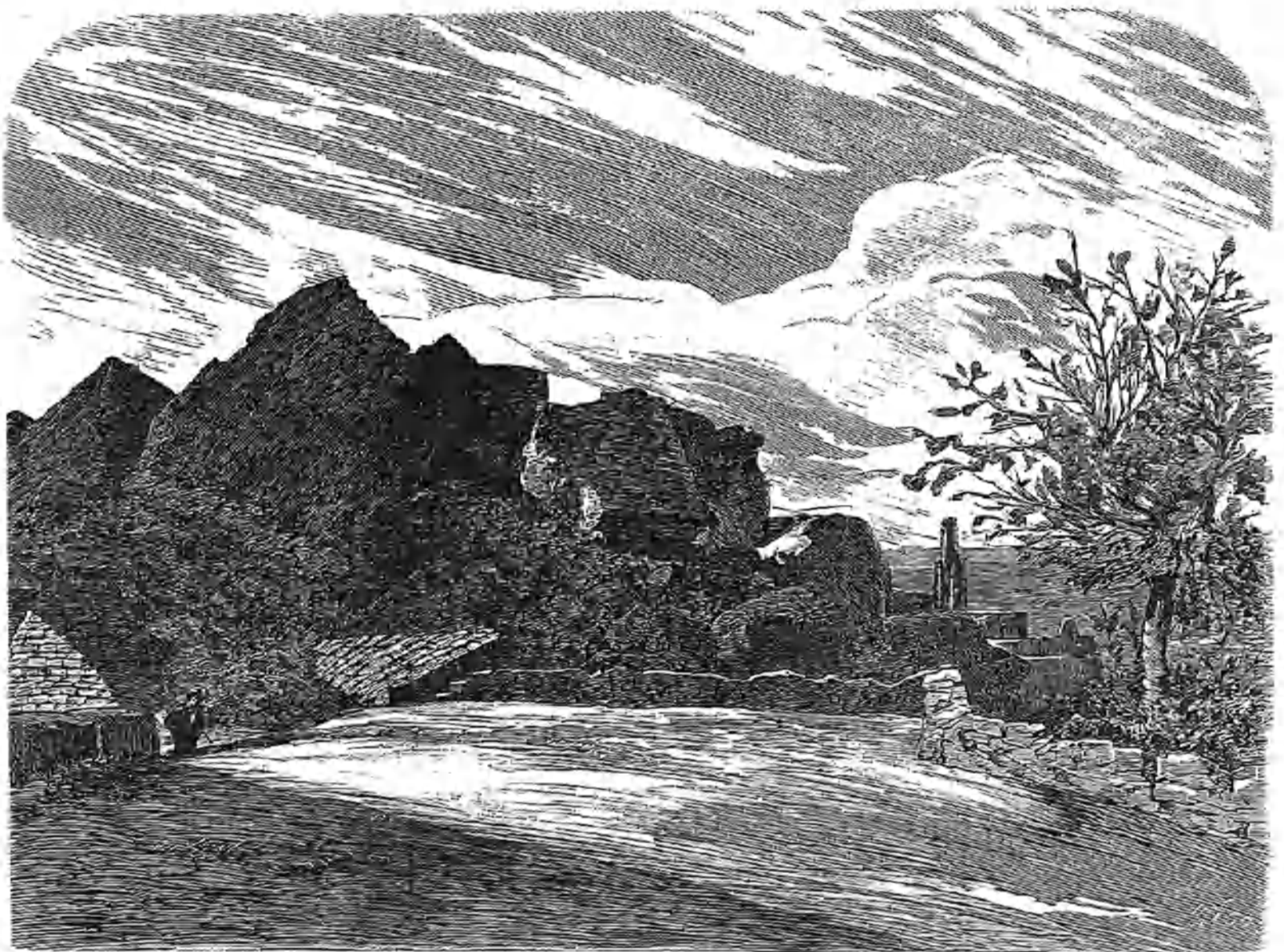
Hicimos fuego á la vez, pero ninguna de nuestras balas alcanzó al enemigo. Al salir de las canales que pasan por entre las Sisargas, éste había desaparecido, sin que se pudiese divisar entre la inmensa extensión de los mares que teníamos ante nosotros, su negro casco y sus blancas velas.

En vano fué que registrásemos escrupulosamente las

Sobre aquellas rocas se alza una antiquísima torre muchas veces ruinosa y otras tantas reconstruida, torre que sirve de faro á los navegantes en aquellos mares inquietos. A un lado del vetusto edificio, é inclinándose al mar su masa de granito, se ve un promontorio horadado por el continuo oleaje.

Este promontorio tiene en su punta más alta una pequeña planicie blanquecina, casi lisa, en la cual se lee escrita con una sustancia de un color encarnado oscuro, la siguiente inscripción:

¡AY DE MÍ!



LOS MUROS DE GERONA.

de saludo, é izó en su palo mayor una gran bandera negra, en el centro de la cual se veía bien claramente una calavera blanca y dos tibias puestas en cruz.

—¡Un barco pirata! exclamó toda la población que estaba en las murallas de la ciudad presenciando aquel extraordinario suceso. ¡Un barco pirata! dijeron también los soldados que guarnecían el castillo.

Este hizo nuevamente fuego, pero sin dar en el blanco, pues el lúgubre buque estaba ya fuera de tiro.

Dió las órdenes oportunas el capitán del puerto, y dos guarda-costas, armados cada uno con cuatro colizas y tripuladas por cincuenta marineros de guerra, salieron en persecución suya.

La curiosidad más viva reinaba en la ciudad.

Los guarda-costas se habían perdido de vista entre la bruma que rodea casi siempre los tres islotes llamados las Sisargas, y á eso de las tres de la tarde el viento Norte, que soplabá con bastante violencia, trajo en sus alas invisibles lejanos ruidos, lúgubres rumores que los coruñeses calificaron de cañonazos lejanos.

Al anochecer tornaron al puerto los guarda-costas.

La relación hecha por sus tripulantes aumentó la curiosidad de los pacíficos moradores de la Coruña.

—Deseando dar caza al barco negro, dijeron los marineros, izamos todas las velas. El viento nos era favorable y creíamos segura la presa.

Empeñados en su persecución nos acercamos á las Si-

pequeñas ansenadas que hay en las Sisargas; en vano que volviésemos á dirigir nuestros anteojos á alta mar con más detención que ántes. O el barco pirata se había ido á pique, ó era invisible.

El *Diario de la Coruña* y el *Avistador*, periódicos de la localidad, al hablar al día siguiente del extraordinario suceso, hicieron referencia, el uno en un folletín y el otro en un largo artículo, al buque fantasma de los holandeses.

Este buque, según la leyenda, camina sin que nadie lo dirija; su casco es negro como la noche, y aparece en ciertas épocas del año, bien á la entrada de los puertos, bien á las embarcaciones en alta mar.

Su vista infunde terror en los corazones más esforzados, y aun cuando parece inofensivo, la peste ó el naufragio no tardan en esparcir la muerte en las tripulaciones que han tenido la desgracia de divisarlo.

Mas dejando á un lado tan absurdas creencias, diremos que por aquel entónces nada se supo de cierto del buque misterioso, y al cabo de algunos días nadie se volvió á ocupar de él.

## II.

Hay en la parte Norte de la Coruña unas enormes masas de rocas, imponente barrera puesta al mar por aquel lado, pero barrera que socava lenta y sordamente el poderoso y líquido elemento.

Y una fecha medio borrada.

¡Quién ha podido fijar en la piedra aquel incomprendible lamento, aquel grito desgarrador, hijo quizá de un corazón desconsolado?...

¡Quién fué el alma en pens que, probablemente dispuesta á dejar el mundo, quiso dejar en él un hábito de su dolor, una amarga exclamación en la cual se ven el desaliento y la pena estrechamente confundidas?...

Aquella sustancia oscura, sangre á no dudarlo, ¿es el resultado de un crimen, ó de un suicidio ignorado?

Eso es lo que vamos á saber en el discurso de esta verídica historia.

El promontorio que contiene la desconsoladora exclamación es conocido con el nombre de la *Peña de los Cuervos*, y para trepar á su cumbre más culminante hay riesgo de rodar al mar.

Los cuervos y aves de rapiña anidan en las quiebras del promontorio, y sus lúgubres graznidos y el ronco son de las olas que se estrellan en las peñas, precipitándose en ocultos sumideros, hacen aquellos lugares tristes y melancólicos.

La luz del sol parece allí amortiguada, aun en los días más claros; los murmullos de las olas tienen algo de doloroso que oprime el corazón, como si remedasen el lamento de un ser atormentado con crueldad.

Todo en aquellos lugares predispone á la tristeza y á la meditación.





DON CRISTINO MARTOS.

Vecino á la encumbrada Peña de los Cuervos está el cementerio de la ciudad, con sus largas calles en donde habita la muerte, y sus fúnebres sauces y cipreses de un color verde oscuro.

Algunos pedazos de tierra arenisca que cultiva casi inútilmente el labrador industrioso, producen aquí y allá raquíuticos trigos y pequeños campos de maíz, que apenas alzan de la tierra sus varas y mazoreas.

Todo allí es triste, repetimos.

La dolorosa exclamación escrita, al parecer con sangre, en la Peña de los Cuervos, y aquélla fecha ilegible, despertaron más de una vez la curiosidad del autor de estas líneas.

Hablando en cierta ocasión acerca de esto con un anciano caballero, hombre sumamente curioso, crónica viva, digámoslo así, de la ciudad de la Coruña, el tal, después de sonreírse misteriosamente, exclamó con una entonación muy pausada y absorbiendo un polvo de rapé:

— Conozco la historia de esa inscripción: es una historia de amores, y bastante triste por cierto. En mi poder obran los retratos de dos de sus principales personajes, que os puedo enseñar cuando gustéis.

E enseñámelos en efecto.

Eran dos preciosas miniaturas.

La una representaba una mujer como de treinta años de edad, vestida, al parecer, en traje de baile, y excesivamente escotada.

Negros sus ojos y pestañas, tenían tal expresión de perfidia y crueldad apesar de su hermosura, que el mirarlos causaba cierto sentimiento de repulsión.

El original de aquel retrato debía tener una riqueza de formas incomparable.

El otro representaba un jóven, casi un niño, con el uniforme de teniente de artillería y la roja cruz de Santiago en el pecho.

— Los originales de esos retratos, me dijo el anciano caballero, fueron amantes durante algun tiempo.

Ella, como acontece generalmente, engañó al hombre que la idolatraba, á ese pobre niño que veis ahí retratado.

¡Mujeres! ¡Mujeres! Exclamó sonriéndose con amargura. Ved ahí el representante de una gran casa y de una inmensa fortuna, que se suicidó por amor, mejor dicho, por el desamor de una infame: de esta.

Y así diciendo, cogió el retrato de mujer con ademán colérico, y le dirigió la palabra en estos términos:

— Seguro estoy, perverosa Ernestina, que al saber el desastroso fin del hombre que te amaba tanto, no habrás vertido una sola lágrima, ¡no se habrá conmovido tu corazón de hiena!

¡Pobre Leandro!

¡Digno era de haber caído en mejores manos que las tuyas; digno de mejor suerte!...

Voy á contaros, prosiguió después de una breve pausa, esa historia lamentable que os dará á conocer toda la perversidad del corazón humano.

Leandro de Altamira, hijo único del marqués de Serantes, acababa de salir del colegio de Artillería, cuando su padre, que poseía cuantiosos bienes en Galicia, quiso traerlo á este suelo benigno, pues Leandro tenía una salud muy delicada.

El jóven fué destinado al cuarto regimiento, que, como sabéis, subsiste en la Coruña desde tiempo inmemorial.

Las riquezas y el nombre de Leandro, y sobre todo su hermosa figura, no tardaron en conquistarle las simpatías de más de una mujer, pero él en lo que menos pensaba era en ese sexo perverso, en ese sexo en quien parecen estar vinculados el disimulo y la inconstancia.

¡Qué que hubiera pensado siempre del mismo modo!

Pero el desdichado tenía un sino fatal, y este le destinaba un triste porvenir, ¡bien trató ciertamente!

(Se continuará.)

ANTONIO DE SAN MARTIN.

BIBLIOGRAFIA.

Estudio de las piedras preciosas, su historia y caracteres en forma y tabacadas, con la descripción de las joyas más importantes de la corona de España y del monasterio del Escorial, por D. José Ignacio Miró, tesorero de joyas, profesor de varias ciencias exactas y literarias, condecorado con varias distinciones honoríficas. Obra adornada con doce láminas.—Madrid, imprenta á cargo de C. Miró, 1870.—En tomos 1.º y 2.º, 148 páginas.

Si en todo caso el hombre laborioso é investigador merece consideración y simpatías generales, merecelas mucho más cuando, concentrando sus tareas y vigilias en una dirección constante, se consagra por entero á

la profesión y estado que le son propios, llegando en ellos á distinguirse y prestando, con esbalo conocimiento y perfecta competencia, servicios más útiles y completos. Es, por otra parte, más rara entre nosotros de lo que fuera de desear, la cualidad de tener cada uno verdadera afición á aquello de que vive, prefiriéndolo á todo objeto extraño, haciendo de ello el fin principal y querido de su existencia, y dándole culto en todas las formas y por los medios todos que á su disposición se hallan.

Hé aquí la razón principal porque desde luego nos interesó vivamente la obra, cuya nota bibliográfica encabeza estas líneas y que acaba de darse á luz, aunque de ella teníamos hace tiempo noticia. Y es que, con efecto, su autor el Sr. Miró, enamorado profundamente de la profesión que ejerce hace muchos años, á ella consagra su vida entera, amenizándola con lecturas variadas, con frecuentes y largos viajes por el extranjero, con diligencias y gestiones nunca interrumpidas para la adquisición, no sólo de joyas preciosas antiguas y modernas, sino de toda clase de objetos, que al mérito artístico reúnen no pocas veces el histórico ó arqueológico. Así ha llegado á reunir la preciosa y rica colección de objetos de esta índole que aún conserva, después de haber cedido no pocos á diferentes museos de Europa; así también el Sr. Miró ha contribuido, en diversas ocasiones, á salvar de pérdida tan irreparable como segura multitud de venerandos restos de la antigüedad y la edad media, no sólo en joyas, sino en mobiliario, en cerámica y aún en documentos escritos.

Mas al propio tiempo que por las manos del Sr. Miró han ido pasando tan múltiples y valiosos objetos, su viva imaginación en ellos se recreaba, en laboriosidad incansable le impulsaba á estudiarlos, y su actividad y noble emulación le han impulsado á dar á luz las impresiones y conocimientos que en su profesión diariamente adquiere, para ilustración y provecho de sus conciudadanos en general y muy en particular de los que cultivan análogas aficiones ó modos de vivir.

Tales son sin duda los móviles que lo han decidido, en una época por desgracia tan poco apropiada para empresas de esa naturaleza, á publicar la bella cuanto costosa edición de un libro, del que seguramente todo podrá prometérselo ménos alcanzar, no ya ganancias, pero ni aun acaso reembolso de sus gastos.

Consideración, pues, y grande mereca desde luego la obra del Sr. Miró, que vamos á examinar ligeramente, no con el criterio del naturalista, ni del bibliógrafo, de que por otra parte estamos lejos de presumir, sino meramente con el del aficionado á las curiosidades históricas y artísticas.

En un brevísimo Prefacio el autor expone los motivos que lo han movido á escribir la obra, entre los cuales es el principal la falta de obras de su índole en España; indico que al efecto ha aprovechado el estudio de los autores antiguos y modernos que la han tratado y la experiencia por él adquirida durante treinta años en el comercio de piedras preciosas, y termina declarando con noble modestia que no tiene pretension alguna científica ni literaria y que desconfía del éxito de su empresa, ya por lo exiguo de su inteligencia, ya por la índole y aridez de estos trabajos.

Sigue luego una Introducción, en que se contienen algunas noticias históricas sobre la importancia y valor que á las piedras preciosas se daba en la antigüedad y en la edad media. En esta parte de su trabajo consiguen el Sr. Miró curiosísimos datos sacados de la historia sagrada y profana, sin perjuicio de otros muchos de la propia índole que, como luego diremos, ha reservado para los respectivos lugares en el cuerpo de la obra.

Termina esta Introducción histórica con algunas consideraciones relativas á las ventajas que ofrece el empleo de capitales en piedras preciosas, comparadas con cualesquiera otros valores. Con este motivo aduce el señor Miró el hecho, fundado en su larga experiencia, de que el precio de las piedras, que ya en principios del siglo actual era triple del que por lo general alcanzaron en los siglos XVI y XVII, ha subido desde el año 1648 al 1839 hasta el cuádruplo, es decir que es hoy en algunas piedras siete veces mayor que en dichos siglos. Este aumento de precio incesantemente crece de día en día, sobre todo en épocas como la presente de guerras y revueltas políticas, en que, á medida que los fondos públicos bajan, suben con especialidad los brillantes y también otras piedras, objetos fáciles de trasportar, cuyo valor es conocido en todo pueblo civilizado, y sobre los cuales, por tanto, el comercio de todas las naciones y los prestamistas públicos y privados facilitan fondos, sin formalidades escriturarias ni otros trámites dilatorios, viéndose así á convertirse dichos objetos en verdadera moneda de cambio universal.

Hé aquí, pues, por dónde desde luego el Sr. Miró justifica implícitamente la oportunidad y utilidad de su libro, aunque este no tuviera, como realmente tiene, otros títulos á la consideración del público. Cuando los soberanos y magnates del mundo ostentan en las grandes solemnidades adornos de piedras de inmenso valor; cuando les imitan otros personajes de ménos elevada posición; cuando, desde la clase media mejor acomodada hasta las más humildes familias del pueblo, guardan por tradición ó adquieren con sus primeros ahorros alhajas que lucir en días felices y que puedan en los adversos servir de alivio á sus apuros; cuando, en fin, por móviles menos respetables y dignos, no falta quien se arruine á costa de ver brillar á las luces de una fiesta los diamantes en el adorno de una mujer querida y aún no siempre legítima; cuando todo esto sucede, decimos, ¿podrá negarse la utilidad de un libro que trata de la historia, de las propiedades, de los caracteres y, lo que es más, del precio de esos ricos y codiciados objetos?

Ni es esto solo; ocurrentes, además de los indicados puntos de vista que de la propia obra se desprenden y que prueban su utilidad, el especial servicio que fácilmente puede prestar para distinguir las piedras finas legítimas de las falsas. El Sr. Miró sabrá sin duda mejor que nosotros la importancia de este punto, en que tal vez hubiera sido de desear inaltiese más, como sin duda tiene competencia para hacerlo. El arte de fabricar piedras finas artificiales, que hace algunos siglos llegó á tener cierta importancia, se perdió después casi por completo, y no hace mucho más de medio siglo que comenzó á renacer, llegando ya en nuestros días á una rara perfección. Los nuevos óxidos metálicos con que se ha enriquecido la química, principalmente los del cromo y del hierro, han contribuido mucho indudablemente al éxito que hoy alcanza la joyería falsa. Nada dejan que desear en pureza y brillo los topacios, amatistas, rubíes, esmeraldas, záfros, etc., que pueden en el día lograrse á bajo precio, y que sobrepujan, sobre todo en volumen, á las verdaderas gemmas, que es raro encontrar exentas de defectos. Afortunadamente hay analogías de las que precisamente la falsificación se aleja tanto más, cuanto más se aproxima á las otras: tales son la dureza y esplendor de que las piedras legítimas gozan. Tampoco se ha conseguido hasta ahora, que sepámos, fabricar piedras falsas que produzcan la doble refracción de la luz. La química, sin embargo, es susceptible de adelantos que puedan dar resultados más satisfactorios, aun quizás en aquello que más se ha resistido hasta ahora á todas las tentativas, es decir, la conversión del carbono en diamante. Véase, pues, si una obra, de suyo manual, como la que examinando vamos, puede prestar servicios á cuantos deseen conocer la naturaleza legítima, propiedades verdaderas y valor real de objetos de tanta estima y en que se invierten tan respetables capitales.

Pero, volviendo al análisis del *Estado de las piedras preciosas*, del que una involuntaria, aunque á nuestro juicio no ociosa digresión nos ha apartado, diremos que á la introducción histórica sigue un compendio de las propiedades generales de las piedras, y en que se dan nociones sumarias de su color, brillo y electricidad, fractura, dureza, densidad ó peso específico, fosforescencia y refracción, añadiéndose dos láminas en que van limpiamente grabados sus caracteres cristalográficos.

Entra luego el autor propiamente en materia y va examinando por órden alfabético más de cincuenta clases de piedras ó gemmas, describiendo primero las propiedades físicas y composición química de cada una, dando luego noticia de sus criaderos, de la manera de labrarlas, de sus aplicaciones, así en la joyería como en otros objetos de arte, y de su respectivo valor, concluyendo con indicar la etimología de sus nombres. En algunos artículos agréganse además datos curiosísimos sobre la historia del descubrimiento, labra y aplicaciones de la piedra de que se trata en la antigüedad y edades media y moderna.

Los artículos relativos á las piedras más importantes van redactados, como es natural, con mayor extensión y copia de noticias, mereciendo en este concepto citarse los del *Diamante, Esmeralda, Lapidaculi, Perla, Topacio, Turquesa* y algun otro.

Pero una de las cualidades que para nosotros da mayor valor al libro del Sr. Miró, es la preferente atención que dedica á todo cuanto, dentro de su plan, se refiere á nuestra patria, consignando cuidadosamente, no sólo las piedras mejores y que en mayor cantidad produce, sino los méritos contraídas por artistas españoles en la labra y pulimento de algunas de ellas, como por ejemplo, del diamante. Del examen hecho por el Sr. Miró de varias alhajas latino-bizantinas, de sus especiales

investigaciones sobre las obras de artistas españoles en joyería, resulta probado claramente que Luis de Berquem, noble flamenco, á quien se atribuye la invención de la labra y pulimento, no hizo más que perfeccionar las divisiones del cuadrado del diamante, variando la elevación que se daba de antiguo á la talla española. Entre nosotros resulta que la labra de esta piedra había ya llegado á su apogeo en Madrid, Sevilla y Portugal, cuando aún era casi nula en Francia y nació apenas en Holanda. En otros varios pasajes del libro halláase también noticias análogas relativas á la historia de nuestros adelantos en la construcción de objetos de arte, de uso ó adorno.

Con este motivo presta además el autor un apreciable servicio describiendo en los artículos respectivos, ya por sus impresiones propias, ya por lo que dicen autores dignos de fe, tanto varias alhajas que se conservan en nuestro Museo del Prado (de algunas de las cuales acompaña dibujo grabado), como no pocas otras, que, para mengua de España, han desaparecido por completo ó están enriqueciendo colecciones públicas y particulares en el extranjero. Así, por ejemplo, entre otros varios objetos no menos importantes, describe, en el artículo *Esmeralda*, la magnífica corona imperial de oro y piedras que servía de adorno en las grandes festividades á la Virgen del Sagrario de la catedral de Toledo, joya admirable, que remataba con una de las esmeraldas más notables del globo, verdadera maravilla del arte, que el Sr. Miró, después de examinarla detenidamente, apreció en sesenta mil duros. Hagamos constar aquí de paso que ya cuando cinco años hace el Sr. Miró formó este juicio de la corona, hubo de chocarle el que alhaja de tanto precio no estuviera custodiada como se merecía, y sobre ello llamó la atención del capellan que se la enseñaba. Trabajo inútil y advertencia vana, que no han servido para impedir el robo de aquellas y otras inestimables joyas, cometido de dos años á esta parte, en dos distintas ocasiones, dentro de los muros del templo toledano y á través de tres fortísimas puertas y de numerosas cerraduras, cuyas llaves, sépanlo el público y el Sr. Miró, ni por un momento han salido del cabildo ó de sus dependientes; pues es falso, falsísimo, el malicioso ó ignorante aserto, por algunos propagado, de que ni en Toledo ni en otro punto de España la incautación decretada en 1.º de enero de 1869 comprendiese alhaja ni objetos tan inmediatamente destinados al culto como lo estaban y están las encerradas en el Sagrario de Toledo. Y esto es tan cierto, que existiendo en los mismos sumarios en que estuvo la robada corona de la Virgen una preciosa Biblia manuscrita, en tres volúmenes folio vitela, con iluminaciones del siglo XII al XIII y que se supone provenir de regalo hecho por un San Luis, que se ignora si fué el rey ó el obispo, los comisionados para la incautación no se fijaron en este monumento, puramente paleográfico y artístico, á pesar de su impropia colocación y de que podía y debía comprenderse entre los objetos pertenecientes al archivo y biblioteca del cabildo, que eran los que real y únicamente se habían hasta entonces incautado.

Perdónenos esta nueva digresión, hecha en desagravio de la verdad y de la justicia, y sigamos el examen que estábamos haciendo y que procuraremos abreviar para que no se fatigue la paciencia del lector.

Sus detenernos á citar otras muchas piedras, joyas y objetos de arte que el Sr. Miró describe, según dejamos indicado, no podemos omitir una mención especial de las curiosísimas, importantes y poco conocidas noticias históricas y descriptivas, hoy como nunca acazo oportunas, del tesoro de la corona de España, que, según asegura, ha sido el más notable y de mayor valía entre todos los europeos. Tocase esta materia en varios pasajes del libro y entre ellos en los artículos *Diamante y Perla*. En este último habla de varias perlas históricas que pertenecieron á los reyes de España, y en particular de noticias, hasta ahora inéditas, acerca de la llamada *La Peregrina*, sacada de la pesquería del mar del Sur y que D. Diego de Torres y Brito presentó en Panamá, á 13 de mayo de 1550, á los oficiales del reino de Tierra-Firme.

Estimada por su dueño en 6,000 pesos de plata cuando ofreció á Felipe II, á condición de que si éste aceptaba, como lo verificó, quedase exenta del pago del quinto real; y, al contrario, que se mandase valorar por el Consejo de Indias, para el pago de lo correspondiente por aquel derecho. Y ya que de perlas hablamos, diremos también que el Sr. Miró menciona, entre otros rios españoles que las producen, al Guadalquivir y al Guadalquivir, y que nosotros hemos visto algunas pescadas en el Tago por habitantes de Toledo. [No podéis esta industria fomentarse en alguna de esas localidades, de modo que contribuyese en algo á la riqueza nacional]

Ignoramos si esta pregunta puede tener una solución satisfactoriamente afirmativa; pero es lo cierto que existen muchos manantiales de prosperidad, aún no cultivados en nuestro desdichado país, donde, sin embargo, la Providencia no los ha escaseado. En el reino mineral, por ejemplo, es sabido que poseemos importantes criaderos sin explotar, de mármoles, de magnesita, de kaolin y de otra porción de sustancias, que las artes y la industria nacionales pagan á buen precio en el extranjero, adonde también acuden á buscar muchas de ellas los españoles; y en la misma obra del Sr. Miró se cuenta entre los criaderos de ágatas y calcedonias al Monjuich de Barcelona, donde esas dos gemmas se producen con grandísima abundancia y pueden cogerse casi sin otro trabajo que el de escarbar un poco la tierra. Y sin embargo, los industriales catalanes no han caído aún en la cuenta de que podrían, labrándolas á imitación de Alemania, llegar á crearse un nuevo ramo de elegante y productivo comercio.

Por apéndice, y como curiosa muestra de las extrañas preocupaciones é ignorancias que, en punto á las piedras preciosas, han demostrado la mayor parte de los autores que trataron la materia en la antigüedad y en la edad media, inserta en extracto el Sr. Miró al final de su libro, tomándolo, según dice, de cierto códice del siglo XV, un curioso documento titulado: *Lapidario. Título de las declaraciones de las naturalezas de las piedras et de las virtudes é gracias que nuestro Señor en ellas dió*. Menciona también ligeramente las opiniones de otros varios escritores antiguos y las fantásticas relaciones que pretendieron establecer de algunas piedras con los signos del zodíaco ó con determinadas constelaciones ó estrellas fijas.

En suma, la obra que hemos examinado podrá ser más ó menos completa, más ó menos técnica bajo el punto de vista científico; tendrá acaso lunares literarios bastante disculpables en quien, como su autor, no trata de lucir prestadas galas de sabio ni de escritor; pero, á todas luces, si por la índole é importancia de la materia habrá de prestar indudables servicios á algunas clases fabriles é industriales, por lo nuevo y curioso de los datos, como por el lujo tipográfico y por la belleza de las láminas, ocupará también digno lugar en la biblioteca de cualquier bibliófilo ó aficionado á los estudios históricos y arqueológicos.

Felicitemos, pues, por su libro al Sr. Miró, y ojalá que, perseverando en la senda que con tanta afición y gusto viene hace años siguiendo, se decida pronto, como tenemos entendido lo medita, á publicar otra obra, en la cual, aprovechando los muchos peregrinos é inéditos datos que existen en nuestros archivos, haga más cabal descripción é historia de las joyas que en diversas épocas fueron preciado patrimonio de los monarcas y elevados magnates de España, y honracon los nombres de no pocos artistas españoles, hoy casi desconocidos ó olvidados.

J. M. ESCUDERO DE LA PENA.

Á UN ALMA.

Alma, que de ilusiones  
Vives aún, soñando venturosa,  
Al dulce arrullo de tus quince abriles,  
Sueños divinos de color de rosa:  
Tú, que un mundo imaginas  
De paz y amor y de virtudes llano,  
Y al soplo de risueñas esperanzas  
Tu frente pura y virginal inclinas;  
Signa, signa soñando, y si la suerte  
Quiere rasgar de tu ventura el velo,  
¡Rompe la cárcel en que presa vives  
Y ve dichosa á despertar al cielo!

ALVARO BONTA.

Abril, 1870

EL VIL METAL.

Desacreditadas entre los hombres toda clase de tiranías, hay una que subsiste, triunfando de las revoluciones é imponiendo un yugo á los pueblos y á los reyes. Este poder, que no figura en las historias, no es la influencia moral de un espíritu sobre otros, ni la fuerza bruta que esclaviza á los débiles, ni el misterioso predominio de la belleza, ni siquiera la superioridad aritmética de los más sobre los menos.

Lazo de unión entre los hombres, es la causa de casi todas sus discordias: interviene en sus placeres, produce muchas aficciones, y siendo el símbolo de lo positivo, es, sin embargo, una quimera.

Su origen es tan humilde, que se cria entre la escoria: su utilidad tan relativa, que habiendo colocado Dios el sire donde todos pudieran aspirarlo, los alimentos al alcance de la mano, y la prueba de su omnipotencia en todas partes, escondió los metales en las grietas de las piedras, en las profundidades del suelo ó en los lugares que habían de ser poco frecuentados.

Es muy posible que en los tiempos primitivos el oro sirviese únicamente á los muchachos para descabalar á sus vecinos: y es probable también que la madre de Tubalcain castigase duramente á su hijo, al verle entrar en casa cargado de pedruscos, sin sospechar la riqueza de aquellos ejemplares que hubieran hoy producido una sociedad anónima, con su consejo de administración pagado á prorata entre los accionistas.

No quiero escribir la historia de la moneda, ni siquiera discutir acerca de la época en que los hombres empezaron á usarla para el comercio de la vida; y no me abstengo de ello por falta de datos, pues precisamente poseo un libro en que constan noticias muy curiosas, las cuales podría utilizar y dar por mías, con sólo variar los tiempos de los verbos, intercalar signos ortográficos y salpicar algunos adjetivos, método cómodo y muy usado de escribir obras científicas.

Sólo trato de hacer algunas reflexiones respecto de ese vil metal; como le nombran los poetas, de ese rey del mundo, según dice un novelista, ó de esa sangre del cuerpo social, como diría un médico millonario, de eso, en fin, que se llama plata en París, moneda en Londres y dinero en castellano.

¿Qué es el dinero en sí? Es un objeto inútil que todos hemos convenido en hacer indispensable.

¿Qué es el dinero con relación á su destino? Un agente que se interpone en todos los cambios para facilitarlos; ó lo que viene á ser lo mismo, un tropiezo que se pone en las calles para comodidad del transeúnte.

Entre las preocupaciones del género humano, no hallo ninguna tan absurda como la de creer que el dinero vale dinero: es decir, que corresponde á la idea que representa.

La prueba evidente de que el valor de la moneda es irracional, nos la dá este ejemplo tan exacto como incomprendible.

Yo poseo cien mil duros y gasto cinco mil al año; pues bien, guardo en el arca ese dinero, lo tengo en mi poder, y sólo me desprendo de lo necesario para mis atenciones: al cabo de veinte años me habrá quedado sin un céntimo.

Pero en vez de guardar los dos millones, los presto con un interés de cinco mil duros al año; el capital sale de mi casa, en realidad ya no le tengo; y, sin embargo, vivo con los intereses veinte años, al cabo de los cuales vuelven á mi poder los cien mil duros intactos.

No se puede negar que el dinero que no se llama vale más que el que se tiene, lo cual es un absurdo, y sin embargo, se verifica constantemente. Ahora digan ustedes cuál puede ser el valor de una cosa cuya verdadera utilidad consiste en privarse de ella.

Otro ejemplo: consumidos los cien mil duros, me queda el crédito, y por espacio de un año sigo por él gastando los cinco mil pesos que ya no tengo. Sabido el valor positivo de mi crédito, resulta este fenómeno real que es un disparate aritmético: cinco mil duros = 0.

Que quiere decir: todo aquel que no posea un céntimo tiene cien mil reales.

Sigamos el análisis.

Ha prestado los cien mil duros, porque es indispensable dar salida al capital para que pertenezca intacto. Pero todos los días me pregunto: ¿Soy pobre ó rico? Mi propiedad estriba en el crédito del deudor, y ya sabemos el valor que suele tener el crédito.

Si el banquero es solvente, representa cien mil duros; si el banquero es un tramposo, mi crédito equivale á cero.

Indigo el dinero que se presta, se convierte en un capital probable ó una esperanza; y estando demostrado que vale más aún que el conservado por su dueño, hay otro dato para negar al dinero el valor que se le supone.

Y la prueba de que está en una preocupación, la tenemos en que vale más un duro falso cuando circula, que un duro de toda ley si nadie quiere recibirlo.

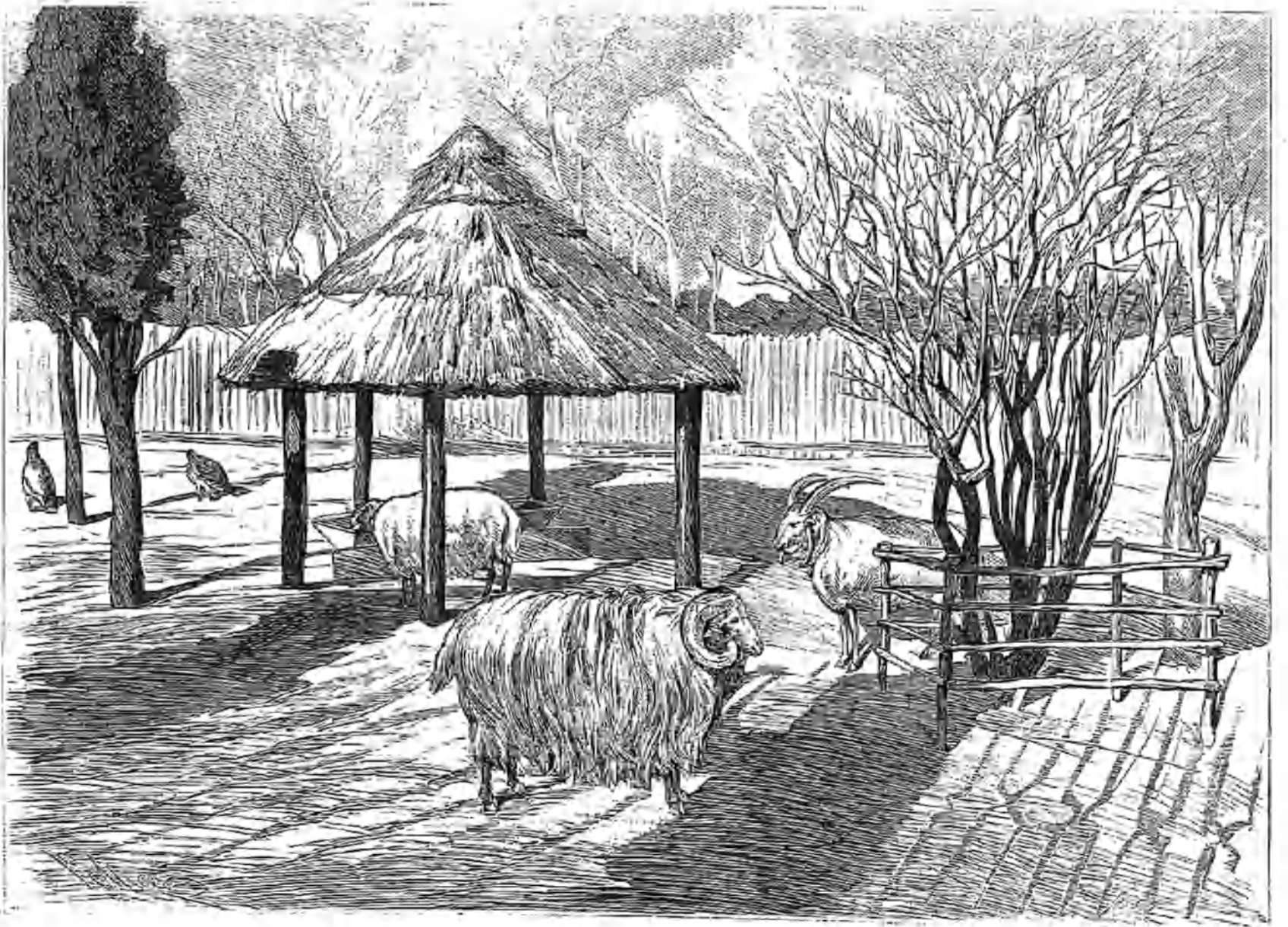
Supongámonos, sin embargo, que el dueño de un duro tiene en su poder veinte reales.

¿Qué es el duro? Una unidad con tantos valores como individuos tratan de apreciarla.

Para un banquero tiene el valor de una ficha de tresillo; para el menor de un alfiler y representa una noche



EL ELEFANTE PIZARRO.



CARNEOS DE ASTRAN.

de teatro y de conquistas; entra en la boardilla del obrero y allí supone el pan de dos semanas.

El dinero, considerado como mercancía, ofrece los fenómenos más extravagantes.

Un rico propietario lo adquiere al diez por ciento; las viudas y jubilados lo pagan al sesenta, y al doscientos cincuenta los jornaleros.

Si no estuviéramos completamente ofuscados, nos escandalizaríamos de un hecho tan absurdo, que á ser imitado en el comercio, produciría anuncios de este género:

no puedo creer que tenga valor real un aplauso pagado; he visto vender injusticias por un poco de dinero, y no creo que sean de buena ley las injusticias; y como las ideas de cantidad sólo se explican por comparaciones, resulta lo siguiente:

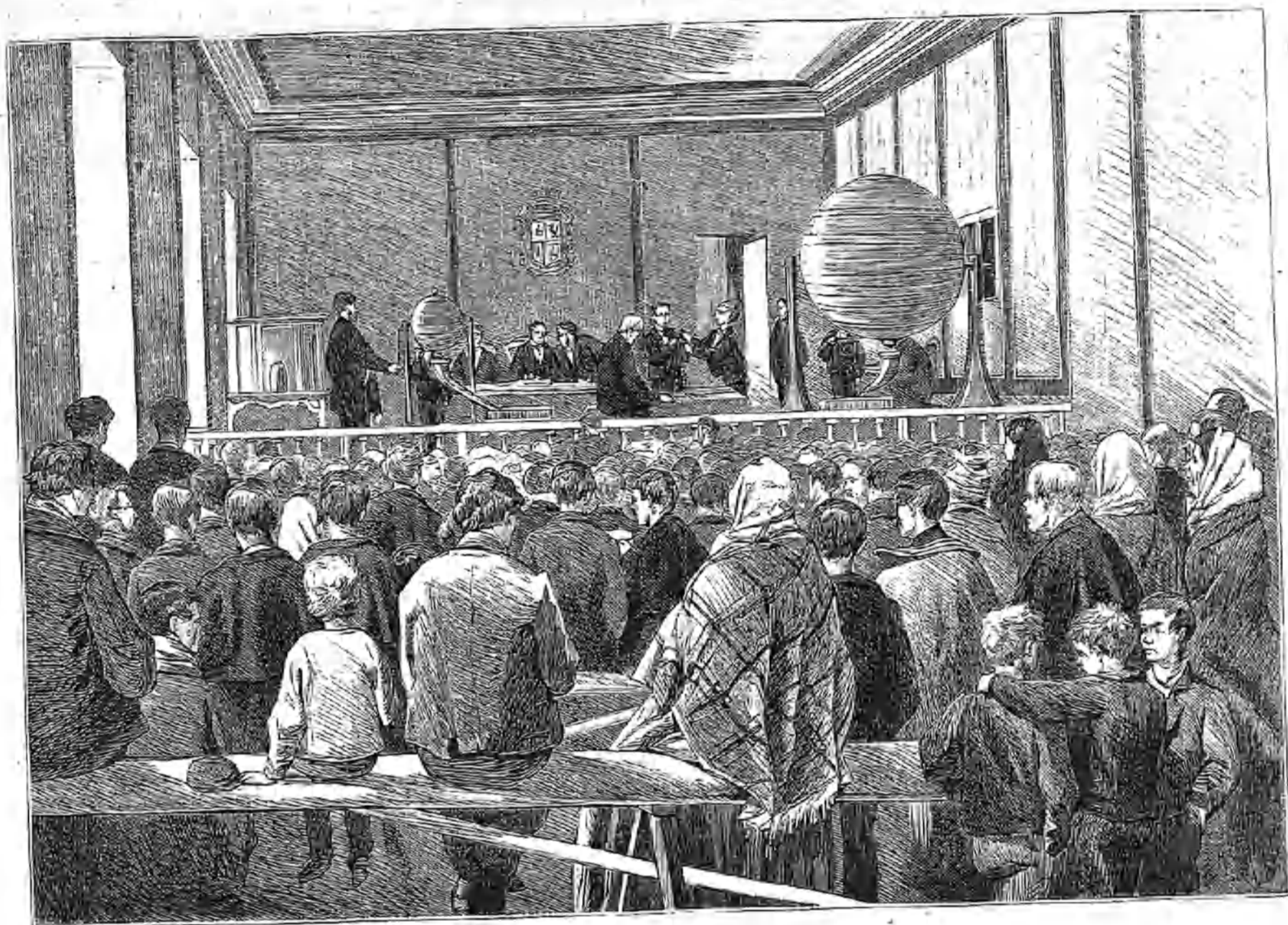
Encima de una mesa hay dos montones de monedas: el uno es el precio del magistrado venal; el otro el de los victoreadores de oficio; ¿qué cantidad efectiva representan los montones?

Esta duda se aumenta, sabiendo que una cuenta de metálico puede saldarse musicalmente.

Hay una demostración palpable, que quita todo su valor al dinero: no tiene enemigos.

Y no se diga que los obreros se rebelan contra el capital, porque esto es inexacto: los obreros amotinados sólo pretenden participar de sus ventajas; cada tumulto para que se aumenten los jornales es una apoteosis del oro.

Porque, forzoso es confesarlo: siendo el dinero una ridícula y extravagante creación de los hombres asociados, no teniendo valor real, rechazándole la razón, y á pesar de sus grandes injusticias, todos nos sometemos á



SORDO DE LA LOTERÍA NACIONAL EN MADRID.

«En la tahona de Fulano, se vende la libra de pan de la misma calidad á estos diversos precios:

Para los banqueros á dos cuartos, para los militares á real, y para los pobres á peseta.»

Explotad la mina más rica, y según se extraigan metales, se irán disminuyendo las ganancias.

Yo conozco una viuda que recibió de su apoderado mil reales; ha satisfecho á su acreedor la suma íntegra y ahora le debe mil quinientos: á medida que pague más, la deuda irá aumentando.

Todo el oro del mundo no basta para comprar á una mujer vistosa: su cambio, las caricias de la mujer perdida se cambian por dinero. Calcúlese el valor moral de esas caricias, y tendremos el valor moral del dinero, que es su equivalente.

Para aclarar bien mi idea, ahí va esa moraleja.

Cuando un funcionario inmoral roba al Estado, se dice que está haciendo dinero.

Si el metal acuñado nada vale moralmente, en cambio recibe por excelencia el nombre de efectivo, para distinguirlo del nominal, que, siendo todo lo contrario, viene á ser lo mismo. Y se le llama efectivo, porque se le vé, se le pesa, se susana, y todos á una voz dan fé de su precio y buena ley en el mercado.

Ahora bien: he visto pagar aplausos con monedas, y

Mr. Money, banquero de Londres, entró cierta mañana en el gabinete de un tenor á quien había prestado algún dinero y que le citaba para satisfacerle la deuda. El piano estaba abierto, los papeles en el atril, el dinero sobre el piano, varios amigos en torno del artista.

El banquero contempló las monedas como á un amigo que regresara de un viaje lejano; la alegría le hizo cortés, y suplicó al tenor que cantase una de sus arias; éste inclinó la cabeza y obedeció inmediatamente. La música le inspiró una idea de las más mercantiles.

Pocos minutos después, guardó el tenor su dinero, tendió al banquero la mano y salió de la casa en unión de sus amigos.

Furioso el banquero al verse sólo, burlado y sin dinero, acudió á los tribunales demandando el pago de la deuda, pero el artista presentó una cuenta por el mismo valor, importe del aria que había cantado por complacer á Mr. Money. El tribunal dió la deuda por saldada.

No se puede juzgar bien de la importancia de mi cuento, sin saber que Mr. Money era completamente sordo.

Y si no es posible justipreciar lo efectivo de una música que no se oye, tampoco es fácil saber el valor real de la moneda que entregamos por no oír una murga.

sus órdenes. Es la única legalidad común que aceptan los partidos. Yo mismo, aunque me río del dinero, le oigo sonar con alegría, le veo desaparecer con tristeza y le recibo con aprecio.

Muchas veces, al pasar por delante de una taberna ó al fijar los ojos en ciertos periódicos, esbozo y leo frases violentas contra los ricos, proyectos de incendio y planes devastadores. Los que tal dicen y escriben, tienen un medio más racional y suave de arruinar á los poderosos: coalíguense todos para despreciar las riquezas, quiten al dinero su valor no admitiéndole en pago de ningún servicio, ni á cambio de ningún objeto, en la seguridad de que como los ricos son muy pocos, y los pobres numerosísimos, el vil metal concluirá su tiranía cuando los últimos lo dispongan.

Peró las gentes no se encuentran dispuestas á sacudir tal yugo, y el ruido de las monedas ahogará siempre los gemidos y las carcajadas de los hombres.

JOSÉ FERNÁNDEZ BARRÓN.

## LOS MUROS DE GERONA.

Desde que el francés vió invadida su patria por los ejércitos del rey de Prusia, los nombres heroicos de Gerona y Zaragoza se han pronunciado con entusiasmo á la otra parte del Pirineo.

La memoria de los esfuerzos, dignos ciertamente de la epopeya; lo asombroso de la constancia, lo inflexible de los ánimos, los prodigios de la esperanza y la fe en la justicia, el sagro patriotismo de los gerundenses, jamas será bastante ensalzado: su gloria irradiará eternamente sobre España, y el tributo que hoy les rendimos es débil muestra del respeto y el entusiasmo que nos inspiran aquellos héroes de 1809.

Nueve mil soldados aguerridos, contra 2.000 soldados sitiados, pudieron destenir fuertes muros, arrear, matar por hambre, más no vender, doblegar ni enflaquecer el ánimo de aquellos entre quienes era delito de muerte todo propósito de capitulación ó rendimiento.

Allí el granadino D. Mariano Alvarez llevó al colmo el heroísmo, con la doble gloria de que á ningún gerundense vió inferior á él en esfuerzo: satisfacción á pocos jefes dada; pero digna, por cierto, de tan ilustre caudillo.

Diez y ocho mil hombres atacaron la heroica plaza después del primer escaramiento recibido.

El primer proyectil lanzado por los invasores, en vez de alamar á nuestros compatriotas, sirvió sólo de señal para que hombres y mujeres, niños y ancianos acudieran á renovar sus increíbles esfuerzos de defensa.

A los pocos días llegaron á 30.000 los hombres de las tropas sitiadoras y todavía, si bien de algun punto desalojaban á los nuestros, todavía estos con su arrojo recobraban algo de lo perdido, como sucedió con el arrabal de Pedret.

Cuatro vigorosos asaltos dados á la plaza costaron al enemigo la pérdida de 2.000 hombres y la vergüenza de interrumpir el ataque por semejante motivo.

Los proyectiles que de continuo eran lanzados contra la ciudad, derribaban edificios, arruinaban la riqueza; pero encendían más y más las llamas del patriotismo en aquella gloriosa cohorte de héroes.

Y no sólo á la defensa atendían, sino que, con bizarra temeridad, hostigaban de continuo al sitiador, y todo fuerte, todo amparo que tomaba el enemigo tenia que pagarlo á crecido precio de sangre; pues dejó llena de cadáveres la torre de San Luis, y con 3.000 muertos hubo de pagar la posesión del castillo de Monjich.

En el firme, inquebrantable propósito de conservar á Gerona para España ó morir en su guarda y defensa, Alvarez llegó á responder á cañonazos á proposiciones de capitulación, cuando ya la muerte, las enfermedades y el hambre, y el no esperar socorros eficaces, habían sometido á las más duras penas su constancia.

Ocho mil hombres volvieron á intentar á un tiempo el asalto. Al retirarse, sin lograr su intento, 2.000 de ellos habían perecido.

Los cañones de bomba que les arrojara el enemigo sirvieron para que los sitiados machacaran el escaso trigo que aún tenían á mano después de cinco meses de duro sitio.

La penuria hizo dentro de la plaza 703 víctimas en el mes de octubre.

En el de noviembre el hambre devoró á 1.375 soldados, y á gran número de personas menesterosas.

En diciembre, los defensores de la plaza no eran más que 1.100 hombres, famélicos, febriles, estenuados, pero de ánimo tan varonil que aún el enemigo les tenia que abrumar con los destrozos que causaba á su alrededor con las bombas y granadas.

Alvarez cayó postrado en el lecho, perdido el conocimiento. El sentimiento, el dolor de aquel suceso enterneció los corazones que jamas pudieran ablandar los repetidos golpes de los franceses.

Lloró de pena Gerona, á quien el propio dolor no hubiera podido arrancar sus quejas; Gerona, que sonriera contemplando sus heridas, en que no veía más que el sello de su gloria.

Y aun así, aun después de haber penetrado el francés en la plaza, aun después de lanzar contra ella cerca de cien mil proyectiles entre bombas, granadas y balas, no se rendía Gerona, enferma, hambrienta y trémida de pena por su caudillo.

En el grabado que damos en este número reproducimos la brecha por donde penetró el agresor después de presenciar avergonzado tanto heroísmo.

Más no fué la voluntad de los españoles quien le dió entrada; ni la aquiescencia siquiera, ni el menor asomo de rendimiento.

Los que el hambre dejó con vida y sin fuerzas para

alzar al cielo los brazos, esos fueron los españoles que el francés encontró en la plaza. No los había vencido él; porque agotados los víveres y las municiones, aún no había podido hacerse dueño de las ruinas á cuyo pie descansaban la muerte los españoles.

Así invocaban no há mucho los franceses en su desgracia el heroico ejemplo de Gerona, digno de ser recordado á todos los pueblos.

## CURIOSIDADES DEL PARQUE DE MADRID.

Al comienzo de la tarea que nos hemos impuesto de dar á conocer las más interesantes curiosidades del Parque de Madrid, no hemos vacilado un momento en otorgar el título de preferencia al elefante *Pizarro*.

Ningun animal de los tiempos modernos alcanzó, que sepamos, el justo y glorioso renombre de nuestro protagonista.

Sus viajes, sus aventuras y otras circunstancias particulares de este individuo, le han hecho objeto de la pública y constante atención.

Con respecto á su origen podemos decir que lo tuvo en la patria de las mayores preciosidades: en la India Oriental, en la isla de Ceylan. Podríamos añadir aquí, sin temor de ser desmentidos, que nació de padres pobres, pero honrados; mas no constándonos dato alguno de sus inmediatos ascendientes, no inventaremos nada sobre este particular: tal es el respeto que á la verdad y al público profesamos.

¿Por qué se llama Pizarro el celebre paguidermo? Esta pregunta se hacen muchas personas y á ella podemos contestar satisfactoriamente.

Se llama Pizarro, porque viajando por América por cuenta de una empresa particular, le dieron por compañero á otro individuo de su especie, que habia recibido antes el nombre de Cortés. Para que tuvieran más atractivo los cartiles de la menagería, se determinó escribir en ellos en letras titulares: *Cortés y Pizarro*, macabrosos elefantes, etc.; pero si por su carácter y sus hechos hubiese debido ponerse nombre adecuado al que es hoy huésped de nuestro Parque, bien habria podido llamarse Ensayo ó Trajano; porque en valor y piedad acaso no le aventajaron aquellos ensalzados mortales.

Tiene hoy día Pizarro cincuenta y siete años y conserva el candor de un niño, las fuerzas de varios héroes juntos y un estómago excelente.

Se ha visto varias veces provocado á lides de muerte; siempre el lauro del vencedor ha orlado sus sienes, y después de la victoria ha cerrado el corazón á los retoques, mostrándose bondadoso, afable y nada enorgullido.

Su compañero Cortés murió de nostalgia, en Francia, y casi nos atravesáramos á asegurar que nuestro Pizarro ha tributado lágrimas á su memoria.

Ocho años hace que se domicilió en España, visitando y siendo visitado por el público de nuestras primeras capitales.

No hay madrileño que no recuerde la heroica resolución que en 1833 tomó Pizarro una mañana en que, faltó de alimentos, salió á conquistarlos; penetró en una tahona, allanó puertas y vallas, cortando, como Alejandro, lo que no era fácil desenterrar, y satisfecha su necesidad, se dejó acompañar mansamente á su morada.

No creemos que sea menester recordar sus luchas, que equivale á decir sus triunfos en nuestras plazas de toros: todo el mundo los conoce.

Fáltale hoy día un colmillo; y si no puede decir, como decía Cervantes de su mano, que lo perdió en la más alta ocasión que vieron los siglos, puede decir, como el héroe de Lepanto, que no lo perdió en ninguna taberna; pues fué en noble lid, dando con él en el suelo, al arremeter con un toro, no por él agraviado, que en el redondel de Valladolid le embistió con siniestros proyectos.

El 4 de octubre de dicho año, cuando ya la fama habia llevado el conocimiento de sus méritos á las más apartadas regiones, el ayuntamiento de Madrid le ofreció un asilo pacífico en el antiguo Buen Retiro, donde reside desde entonces.

Allí descansó de sus largos viajes por Francia y España, después de haber recorrido largas regiones de su patria y lo más notable de ambas Américas.

Desde Nueva-York pasó á Marsella en 1851 y no parece sechar á menos la gravedad del norte-americano ni el acento de la Canabiera.

Débil á todo gobierno constituido, guarda el valor para las ocasiones, y podría ponérsele por emblema:

«Sólo el lauro, pódese la oliva  
Por haber sido siempre  
Blandido en las paces y en las guerras duto.»

«Quién sabasi medita sobre los misterios de las debilidades y flaquezas de los seres organizados, él, que capax de poner en fuga á una numerosa manada de selváticas fieras, cede con admirable mansedumbre á las más leves indicaciones del domador Eduardo Miller, que es, como si dijéramos, su Pedro Bacio!»

Catorce años hace que el norte-americano Miller no se separa de Pizarro, y en todo este tiempo se han llevado á las mil maravillas.

Eduardo hace cordiales elogios de Pizarro, Pizarro le da á él continuas muestras de benevolencia, y si no expresa con retumbantes voces el cariño que le profesa, no es culpa suya; es que no le fué concedido el precioso don del habla, beneficio que la sábia naturaleza prefirió otorgar á loros y maricas y á los hombres maldicientes.

La otra muestra de curiosidades del Parque de Madrid que damos en este número es una de los *carneros de Astrakan*. Su pródiga cornamenta y sus luengas lanas llaman principalmente la atención de los curiosos.

Problema sobre estos cuadrúpedos:  
«Son tan ricos en lanas á consecuencia de sus muchos cuernos, ó llevan tantos cuernos por ser tan lanudos? Todavía no lo ha resuelto la ciencia.»

## REVISTA MUSICAL.

Don Miguel Marqués y la primera producción lírico-dramática titulada: *Los hijos de la costa*.

Un nuevo compositor se ha dado á conocer há pocos días en el teatro de la Zarzuela. Un compositor joven, que consigne hacerse aplaudir, que revele talento é ingenio, que escribiera una obra musical en tres actos, cuando sus conocimientos no han recibido aún la sanción de los profesores, es, no podrá negarse, una excepción de la regla general, un acontecimiento al que ciertamente no estamos acostumbrados en España.

Con satisfacción tomamos, pues, hoy la pluma; con la satisfacción de señalar un nuevo adalid que ha hecho su entrada en el campo del arte. El autor de *Los hijos de la costa* estudia la de composición, bajo la dirección inteligente de D. Emilio Arrieta, á cuyo cargo se halla la Escuela Nacional de Música. Aún no terminada su carrera, sin haber concluido los estudios de instrumentación, el señor Marqués se ha lanzado al teatro; ha sido aplaudido y llamado á la escena. Su primera producción ha adquirido carta de naturaleza en el teatro de Jovellanos y éste es el mayor elogio que puede hacerse del señor Marqués.

El éxito de *Los hijos de la costa* ha sido en extremo lisonjero para su autor, á quien sinceramente damos la enhorabuena.

Como principiante, el señor Marqués nos ha demostrado que posee un instinto superior y un organismo musical nada común; ha cumplido, pues, con su deber.

El nuestro es decirle la verdad, y se la diremos claramente, tal como la sentimos. Si el autor de *Los hijos de la costa* halla severas nuestras apreciaciones, crea que son dictadas por la más cumplida buena fe, por el amor al arte cuyo engrandecimiento anhelamos, por el bien de un arte que el señor Marqués profesa y al que, según últimamente nos ha probado, podrá prestar en su día grandes servicios.

No es la primera vez que el autor de *Los hijos de la costa* nos ha revelado sus conocimientos musicales. Las dos sinfonías que ejecutó la Sociedad de Conciertos bajo la dirección del señor Monasterio, nos dejaron ver que el señor Marqués aspiraba á merecer el nombre de compositor, aspiración noble y justificada en todo aquel que se dedica al arte.

El Sr. Marqués dejó ver entonces sus grandes facultades como instrumentista, las sinfonías fueron muy aplaudidas; el autor recibió inequívocas muestras de la complacencia con que el público acogía sus primeros trabajos; Marqués comenzó á conquistarse un nombre.

Debemos hacer notar, sin embargo, que incurrió, en nuestro concepto, en un error. Escribiendo grandes sinfonías á cuatro tiempos, el Sr. Marqués empezó por donde lógicamente debería haber terminado, pues si es indudable que las sinfonías de corte clásico dejan gran libertad á la imaginación del compositor para desarrollar extensamente un plan premeditado, no lo es ménos que siendo las antiguas sinfonías obras inmensas en las que han agotado su inspiración los más grandes compositores de los tiempos modernos, se hace indispensable que el artista que lleve á cabo la composición de una gran sinfonía á cuatro tiempos, posea conocimientos excepcionales que sólo la práctica y un talento superior á todo elogio puedan prestar.

En este mismo error ha incurrido el Sr. Marqués al escribir, para su salida á la escena, una zarzuela en tres actos.

Si las composiciones instrumentales encierran grandes dificultades, éstas se multiplican con el concurso de las voces. La instrumentación consiste, es claro, en hacer que cada instrumento ejecute aquello que más conviene á su naturaleza propia y al efecto que se trata de producir. Pero la misión del buen instrumentista, la parte difícil de la orquestación es la de agrupar los instrumentos de manera que el sonido de los unos se modifique por el de los otros, llegando á conseguir del conjunto un sonido particular que no produciría ninguno de ellos aisladamente, ni reunido á los instrumentos de su especie.

Esto implica ya conocimientos muy extensos, que, como ántes hemos dicho, requieren muchos deavos y mucha práctica.

Agréguese á esto que en su union con el drama, ó solamente con la palabra cantada, la música debe hallarse siempre en relación directa con el sentimiento expresado por la palabra, con el carácter del personaje que canta, y la mayor parte de las veces hasta con el acento y las inflexiones vocales que se suponen más naturales en el lenguaje hablado, y llegará á formarse una idea, si quiera aproximada, de las dificultades increíbles que entraña toda concepción lírico-dramática.

En la parte primera, relativa á la instrumentación, el Sr. Marqués ha trabajado con cariño, con verdadero calor, en *Los hijos de la costa*. Se ha olvidado que escribía una zarzuela, y ha escrito una composición que bien podríamos llamar *sinfonía en tres actos*. En toda la obra se ve la inexperiencia de quien por vez primera tiene que ocuparse de la escena; de cuando en cuando se vislumbra al sinfonista, otras veces se manifiesta el cansancio de quien no pueda con las diferentes situaciones de una obra en tres actos. La desigualdad y la falta de hilación en las ideas generales se hacen notar desde el primer momento. (Téngase en cuenta que hablamos de la instrumentación.) La óverture es un verdadero mosaico. Al lado de detalles superiores, armonizados con mucho talento y en los que se observa desde luego que el jóven maestro quiere romper con la rutina de las modulaciones relativas, aparece una tarante ó un *saltarello* trivial en la forma y en el fondo; si una *crescenda* de toda la masa instrumental prepara, al parecer, un motivo de tempestad, este motivo, tan natural en una obra *marina*, queda roto á los pocos compases, sin que pueda el público darse cuenta de la idea que ha guiado al compositor para obrar de esta manera. La sinfonía puede dividirse en cinco tiempos, número excesivo si se tiene en cuenta que las óverturas de ópera constan de dos. En cuanto á motivo fijo no hemos podido hallar en ella ninguno que se relacione con la obra, pues no podemos calificar como motivos principales el *saltarello* y la *cavalletta* del dúo de soprano y barítono del acto primero, que se halla repetida en el final de este acto, repetición que constituye un gran contrasentido, cuya explicación no hemos podido hallar.

El Sr. Marqués ha concebido una multitud de ideas, que ha colocado sin orden ni cohesión en su obra, sin examinar si estas convenían á la situación, si estaban en relación con la escena y el personaje, sin cuidarse para nada de los cantantes, atendiendo solamente á la orquesta. La materialidad de la instrumentación responde á las esperanzas que el Sr. Marqués había hecho concebir. Marqués conoce la instrumentación, la ha estudiado, ha sondeado sus profundidades, llegará á dominarla algún día. Esta gloria, pues gloria es y no poca para quien se halla hoy estudiando la composición en nuestro Conservatorio, debe satisfacer al autor de *Los hijos de la costa*. Repetimos una vez más que la zarzuela tiene detalles instrumentales de primer orden, que honran á un autor que comienza ahora en carrera. Los muchos errores que hemos notado en *Los hijos de la costa* son consecuencia natural de la inexperiencia y de las muchas situaciones de la obra. Marqués corregirá estos defectos, que tan naturales son en un principiante, y el tiempo nos le dará á conocer como innovador tal vez de las reglas fijas é inamovibles de nuestra zarzuela.

Al tratar de las combinaciones vocales, haremos única y exclusivamente mención del final del acto segundo, magnífica pieza en la que el Sr. Marqués ha resuelto con felicidad el problema de la union de las voces y orquesta. Este final es un concierto que consta de un tiempo; en él se hallan perfectamente medidas las fuerzas progresivas de la sonoridad, el ritmo es acentuado como conviene á las composiciones de este género, todo se halla bien previsto, bien colocado; las voces cantan, la orquesta canta,

el compositor ha atendido á la estatura y al pedestal; el maestro manda, domina, supedita los elementos vocales é instrumentales á la impetuosa fogosidad de su inspiración; Marqués aparece pidiendo su diploma de compositor, el público se le concede, la crítica se le concede también: Marqués ha debido quedar satisfecho.

Cansado tal vez por este esfuerzo de imaginación, el compositor decae y desfallece. Camina hastiado y deseando dar fin á la zarzuela. Para esto acude á las *fermatas italianas* de peor gusto, á las *cavatinas* y *duos italianos*, á la estructura *italiana*, la zarzuela se *italianiza* completamente. La orquesta sigue impertérrita sus acompañamientos abajetados; de vez en cuando el oído percibe un diseño, si no original, bien instrumentado al ménos; oyeses un *¡Centinela alerta!* del que podía haberse sacado mucho más partido acentuando la vocal *a* de *alerta*, y prolongando el sonido, por ser esta la verdadera inflexión vocal de este grito de ordenanza, pudiendo despues por modulacion enarmónica, v. gr.; haberlo repetido, volviendo al tono natural en un *diminuendo* que sería de gran efecto por el alejamiento progresivo de la voz. Los coros de *Los hijos de la costa* carecen, la mayor parte, de ritmo; se contentan con marcar la armonía, representando por este motivo un papel secundario. En el acto primero hay una plegaria que comienza á voces solas en tercetas, doblando el canto á la octava los tenores, si mal no recordamos; á los pocos compases, el Sr. Marqués, tímidamente y como quien no se atreve á proseguir un coro armonizado (*prima avis*) abandona su primera idea, acude á la orquesta y cae en la trivialidad.

El análisis, en conjunto, de la zarzuela del Sr. Marqués, puede hacerse en pocas palabras, parodiando el célebre dicho de Gretry, que interrogado por Napoleón I acerca del *Dm Juan*, contestó: «Mozart ha colocado la estatua en la orquesta y el pedestal en la escena».

El Sr. Marqués ha colocado el pedestal en la orquesta, pero la estatua no existe.

Hemos terminado nuestro trabajo, tanto más severo cuanto que hablamos de un principiante. El Sr. Marqués promete mucho, llegará á ser un maestro de mérito; podrá alcanzar muchos días de gloria. Pero esto es menester que estudie, que trabaje sin cesar, que rompa con la rutina, despreciando los obstáculos que puedan cercarle el paso; tiene elementos para ello y el deber de ponerlos en práctica. Desde nuestra modesta posición de críticos, el Sr. Marqués nos hallará siempre á su lado, dispuestos á defenderle con toda la energía que nuestra débiles fuerzas nos presten. Un esfuerzo supremo por parte de todos los jóvenes compositores que ha formado nuestra Escuela de Música. Marqués ha dado el primer paso sin haber terminado su carrera. ¿Qué esperan los demas? ¿De qué sirven las medallas de oro? Abandonen su inacción; salgan de ese injustificado marasmo; ignoren acaso que su obstinado silencio pueden traducirlo los espiritus suspicaces en un voto implícito de censura contra el Conservatorio?

ANTONIO PENA Y GONZ.

CORONA IMPERIAL DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO

EN TOLEDO.

Entre las imágenes de la Madre de Jesucristo que son objeto de mayor devoción entre los fieles católicos, figura en Castilla, en primer término, la conocida bajo la advocación del *Sagrario* que se venera en su capilla propia de la catedral de Toledo. Es toda de madera y está forrada, excepto el rostro y las manos, con una hoja de plom bastante gruesa, circunstancia que, unida al carácter general de su escultura, contribuye á darle bastante antigüedad, si bien nunca tanta como la que la asignan el vulgo toledano, fundado en la tradición y en el recusable testimonio del cronicon de Juliano.

De todos modos, son hechos indudables la ardiente devoción que á esta venerada imagen profesan los toledanos de Toledo y su provincia, y que en tiempos más prósperos para la Iglesia católica los ex-votos, las dádivas y los regalos fueron poco á poco acumulando alrededor de esta imagen, alhajas, piedras y metales preciosos, donativos de monarcas y magnates castellanos, aumentados frecuentemente con mano pródiga por el sabido primado de las Españas, cuyas pingües rentas le permitían hacer, sin gran esfuerzo, estos y otros gastos para dar mayor ostentación y magnificencia al culto de la milagrosa imagen de la Virgen del Sagrario.

No es nuestro ánimo enumerar y ménos describir

aquí las varias y magníficas joyas, admiración de propios y extraños, que se enseñaban hasta nuestros días en la catedral de Toledo, como pertenecientes á la Virgen. Ni el riquísimo *mano de gala* construido en el siglo XVII, ni la *basquiña* ó *vestido* de la imagen bordado de oro, aljófar y perlas, con su riquísimo delantal en que las esmeraldas, diamantes y rubies alternan armónicamente, produciendo un conjunto de sin igual riqueza; ni el suetuoso *peitoral*, son objeto, por ahora, de nuestro trabajo. Sólo vamos á procurar describir la magnífica *corona* que hasta el año 1868 ostentaba la imagen durante la octava de su fiesta, hermosa joya de gran valor material y artístico, y que manos sacrílegas robaron con otras alhajas del armario en que se custodiaba en uno de los primeros meses del año 1839.

En un principio formaba tan admirable joya un cerco ó diadema circular, de oro, cuyos adornos limitaban dos filas de perlas, redondas y orientales, realizando el esplendor de los rubies y esmeraldas que la adornaban, caprichosos adornos cincelados y esmaltados de distintos colores y en el estilo del renacimiento.

Hizo esta corona Fernando de Carrion, platero, y se tasó su trabajo en 760.000 maravedis, de los cuales se le rebajaron 37.500, y sólo se le pagaron 722.500 en el año 1556 en que la entregó concluida.

Diez y ocho años despues se determinó hacer el segundo cuerpo ó *imperial* de esta corona, y el Sr. D. García de Loaysa Giron fió este encargo á Alejo de Montoya, platero vecino de Toledo, quien se obligó á ejecutarle por escritura que pasó ante Alvaro Perez, escribano público en 29 de marzo de 1574, desde cuyo tiempo trabajó en ella hasta el de 1586, en que la entregó concluida y tal como ha llegado hasta nuestros días.

Este segundo cuerpo se componía de varias estatuillas de oro esmaltado de unos cuatro á cinco centímetros de altura, representando ángeles, sosteniendo cada dos uno de los adornos de la diadema y ocultando con sus cuerpos el arranque de las franjas cuajadas de pedrería que se agrupaban por su extremo superior, sosteniendo figuras alegóricas sobre las cuales estaba colocada, sirviendo de globo y apoyo á la cruz con que terminaba la corona, una magnífica esmeralda de precioso color, limpia, perfectamente esférica y de unos cuatro centímetros de diámetro.

La parte interior de la corona estaba literalmente cuajada de esmaltes, representando en pequeños medallones varios de los emblemas de la Virgen, como *Turris eburnea*, *Domus aurea*, *Federis arca*, etc. Toda la labor de esta alhaja era notable, tanto por la perfección con que estaban cinceladas sus diferentes partes, como por la pureza y buen gusto de los esmaltes que la adornaban. Sus dimensiones eran veintiseis centímetros de altura y veintidos de diámetro por la parte más ancha, y la impresión que producía su vista era brillante y deslumbradora.

Doce años tardó Alejo de Montoya en concluirle, y fué tasada por Juan Dominguez y Diego de Abeo, *plateros de oro* de Madrid, siendo Jacobo Trezzo, esentor de S. M., superintendente de la tasación, la cual fué de 3.250 ducados por la hechura, resultando además que tenía la imperial de la corona las perlas y piedras siguientes:

TIENNAS PROGRESAS.	MARAVEDISES.
7. Rubies, su valor es el de.....	157.000
12. Rubies.....	300.000
13. Esmeraldas.....	307.500
57. Diamantes.....	253.000
128. Perlas.....	307.000
	1.344.500
Peso del oro.....	303.781
Id. de la plata de las almas.....	7.000
Oro con que están doradas.....	1.317
	405.227
Hechuras.....	3.007.150
	5.349.227

Con este motivo se tasó también la parte de esta corona que había hecho Fernando de Carrion en 1.954.150 maravedises, que unidos á los demas componen maravedises 7.207.395, ó sean reales vellon 214.629 y 9 maravedises.

Ahora bien: en vista de estos datos y teniendo en cuenta la diferencia de valor de la moneda desde el siglo XVI hasta nuestros días, ¿se habrá separado mucho de la verdad uno de nuestros tasadores de joyas, que, según confesión propia, dijo hace cinco años que el valor de la corona ascendía á *sesenta mil duros?*

El grabado á que acompaña este artículo recordará á los que, como el que escribe estas líneas, han tenido la suerte de contemplar detenidamente el original, la primera impresion que la vista de la corona les causara, y podrá dar una idea á los que no la conocieran de la importancia que tenia como objeto artistico, independientemente del valor material de las piedras y metales preciosos que la formaban.

E. DE MARIÁTEGUI.

**DON CRISTINO MÁRTOS.**

Para escribir la biografía exacta y circunstanciada de D. Cristino Martos y Balbi, con cuyo retrato honramos hoy nuestras columnas, tendríamos precision de hacer la historia política de los últimos veinte años. No hay, en efecto, suceso alguno de nuestro país acaecido en esa época, en que él no haya tomado parte. Martos representa la transición entre los hombres que en la guerra civil de los siete años derrocaron el absolutismo y restablecieron el sistema constitucional, y los que han nacido á la vida política al calor de la revolucion de Setiembre. Tiene, como los primeros, pasion política y arzuques patrióticos, y como los segundos tolerancia y universalidad de conocimientos. Y aunque esto representa, Martos es muy jóven; apenas pasa de los cuarenta años; pero es sabido que en esta época de actividad febril, la patria reclama muy pronto á los hijos que han de servirla.

Don Cristino Martos, hijo de una familia ilustre y rica, nació en Granada, cuna de tantos hombres ilustres; pero en Toledo, á la que mira como su segunda patria, y en Madrid, fué donde recibió su educacion. De su ingenio, de su precocidad para el estudio podríamos decir mucho y lo diríamos si á fuerza de ser este tema obligado de toda biografía, no hubiera de parecer parcial: nos remitimos al testimonio de muchos de sus profesores, que aún viven, y de sus maestros, que se glorían de haberle tenido por discípulo.

Muy niño perdió á su padre, precisamente cuando la fortuna de su familia habia decrecido, con lo cual tuvo que pensar en hacer en breve productivos sus estudios. El de las leyes fué el que desde luego le atrajo, y en verdad que no erró la vocacion, pues muy luego se dió á conocer en la Academia de Jurisprudencia y Legislacion, donde por la fluidez de su palabra, su gracia en el decir, su ingenio en el razonar, sobresalió allí donde brillaban Cánovas, Silvela, Espinosa y otros que hoy son honra de la tribuna parlamentaria ó del foro. De alma apasionada y de sentimientos generosos, Martos se afilió desde luego en la escuela liberal, y no bien se habia recibido de abogado en la Universidad de Madrid, cuando inauguró su carrera política tomando parte en el levantamiento de 1854 preparado por O'Donnell, acompañando á éste en su expedicion y asistiendo á la accion de Vicalvaro. Victorioso el alzamiento, Martos escribió en union de D. Manuel Pinedo la historia de aquellos sucesos que aún se lee con interés y con gusto. Entónces fué nombrado teniente fiscal del Tribunal contencioso administrativo, distinguiéndose por la lucidez de sus dictámenes y la brillantez de sus informes. Los sucesos del 56 le obligaron á hacer dimision de su destino, que le fué aceptada con sentimiento por las simpatias que habia sabido captarse.

De abogado del Gobierno quedó Martos reducido á la defensa de los particulares, y en esta carrera es donde ha obtenido sus más brillantes y envidiables triunfos. Pocos habrá que en tan poco tiempo hayan logrado conquistar puestos tan distinguidos en el foro. Verdad es que su principio auguraba ya el buen suceso posterior. La causa formada á un magistrado de Sevilla, pariente de D. Ramon María Narvaez, si mal no recordamos, dió ocasion á Martos para demostrar todo lo que valia como abogado. Tenia por tribunal el primero de la nacion; por competidor á Cortina, el más justamente afamado de nuestros jurisconsultos; por defendido á uno de las casas más ilustres de Andalucía, y por tema de su defensa las más altas cuestiones de derecho, historia y filología. Aún recordamos aquellos solemnes debates, que duraron muchos dias; de ellos salió Martos con una reputacion hecha; en aquella causa conquistó lo que otros no logran sino despues de muchos años. Desde entónces su fama fué creciendo y su estudio llegó á ser uno de los primeros de Madrid por el número y la entidad de los negocios que se le confiaron.

Los deberes de su profesion no le hicieron olvidar sus aficiones políticas. Martos formó parte de la primitiva redaccion de *La Discusion*, de la cual se separó con

otros compañeros porque entendia que era necesaria la fusion de progresistas y demócratas (realizada algunos años más tarde) y de la cual no era entónces partidario el director de aquel periódico.

Consagrado á su estudio, que veia elevarse de dia en dia, pasó Martos algunos años hasta que comenzó á prepararse la revolucion que ha dado al traste con la dinastía de Isabel II. Martos hubiera podido sustraerse fácilmente á los peligros y á los perjuicios que toda preparacion revolucionaria lleva consigo: ningún provecho personal podia ofrecerle la política; pero este apartamiento hubiera sido egoísta, y Martos no lo es. Puso su persona y su fortuna al servicio de la idea, y en 1866 era condenado á muerte, á lo que pudo escapar felizmente emigrando á Francia. Dos años pasó emigrado, fijándose ya en Paris, ya en Ginebra, ya en Lisboa, y siempre en todos estos puntos, al servicio de la causa liberal. Su triunfo le restituyó á la patria, siendo inmediatamente agregado á la junta revolucionaria de Madrid y designado pocos dias despues para vice-presidente de su Diputacion provincial.

¿Qué habia sido en estos dos años del estudio de don Cristino Martos? A esto sólo podrán responder los que conozcan lo personalísimo que es el trabajo del abogado. De su magnífico estudio sólo encontró Martos, á la vuelta de su emigracion, algunos restos conservados por sus amigos.

Desde 1868 hasta el dia, están demasiado próximos los sucesos en que Martos ha tomado parte para que debamos ocuparnos de ellos. Sus discursos en la reunion de Price, en que fué escuchado con gusto hasta por sus enemigos, en el Campo del Moro y en las Cortes Constituyentes, donde representó á la provincia de Toledo, están presentes en la memoria de todos. La pasion política no podrá desvirtuar nunca el mérito del discurso pronunciado en defensa de la ley de matrimonio civil.

El actual ministro de Estado podrá ser combatido por sus enemigos políticos en cuanto á las ideas que profesa, pero nadie podrá negarle una probidad intachable, una facilidad y una elocuencia en el decir que no tiene superior entre nuestros hombres públicos y á la que igualan pocos; y una modestia y un desinterés de que igualmente no nos presentan muchos ejemplos los azarosos tiempos que corremos.

N. O.

**MADEIRA Y EGUILAZ.**

Respondemos al interés que ha excitado en el público la nueva obra de estos dos fecundos é inteligentes autores, titulada *El molinero de Sibiza*, publicando sus re-

tratos. El ser sobradamente conocidos del público, nos dispensaria acaso de publicar sus biografías, si la necesidad de cerrar este número no nos imposibilitase ya materialmente el publicarlas. Cierito es que ninguno de ellos lo necesitan para que su mérito y su derecho al aplauso de los amantes de la literatura y de la música sean por todos reconocidos.

**SORTEO DE LA LOTERIA NACIONAL EN MADRID.**

Uno de los vicios y uno de los impuestos indirectos contra los cuales más han clamado la crítica y los moralistas, es el juego de la loteria. Inútiles serán, sin embargo, sus predicaciones durante mucho tiempo. Preciso será para que den fruto que el hombre considere el trabajo como una religion.

La mayor parte de las personas que juegan á la loteria en España — y juegan en ella casi todas — ignoran por qué procedimiento se resuelve el grave é interesante problema en que fundan sus esperanzas.

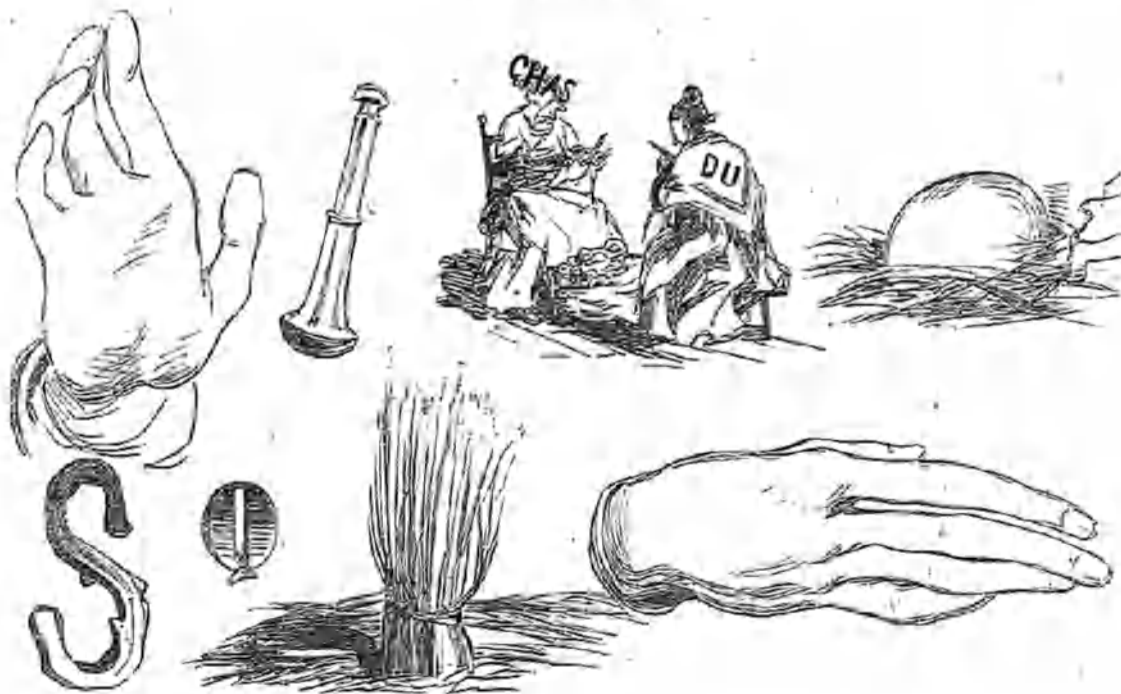
Como objeto que merece la atencion general, por referirse á una aficion, por desgracia muy extendida en nuestro país, damos este croquis del sorteo de la loteria nacional.

**LA ILUSTRACION DE MADRID.**

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses . . . . .	25 rs.	EN MADRID.	
Medio año . . . . .	42 "	Tres meses las dos publicaciones . . . . .	25 rs.
Un año . . . . .	80 "	Medio año . . . . .	52 "
EN PROVINCIAS.		Un año . . . . .	100 "
Tres meses . . . . .	30 "	EN PROVINCIAS.	
Seis meses . . . . .	55 "	Tres meses . . . . .	55 "
Un año . . . . .	100 "	Medio año . . . . .	90 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año . . . . .	170 "
Medio año . . . . .	85 "	EN AMERICA Y ASIA.	
Un año . . . . .	160 "	Un año . . . . .	240 "
AMERICA Y ASIA.		Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 "
Un año . . . . .	240 "	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 "	Medio año . . . . .	250 "
		Un año . . . . .	350 "

**JEROGLÍFICO.**



Solucion si publicada en el número anterior.

(La solución en el número próximo.)

HUMÓ Y MALA CARA SACAN Á LA GENTE DE CASA.